

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

VIAJE A LA LOCURA

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUJERA

la conquista del
ESPACIO

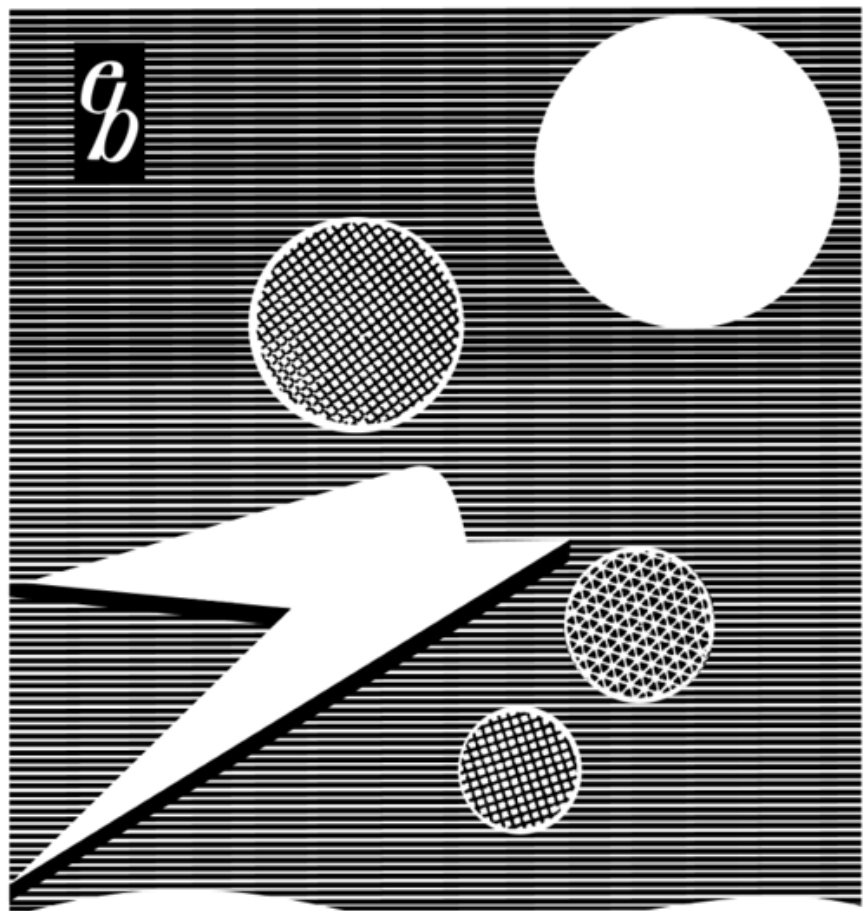
VIAJE A LA LOCURA

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

- 261 — ¿Quiénes eran «ellas»...? — *Curtis Garland*.
262 — La clave del universo. — *Glenn Parrish*.
263 — El pueblo dormido. — *Clark Carrados*.
264 — El planeta de la venganza. — *A. Thorkent*.
265 — La rana. — *Marcus Sidereo*.

KELLTOM McINTIRE

VIAJE A LA LOCURA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 266

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.9669 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1975

© Kelltom McIntire - 1975

Texto

© Salvador Fabá - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona
— 1975

CAPITULO PRIMERO

George Travis penetró en su oficina a las diez quince de la mañana.

El calendario automático que había encima de su funcional mesa metálica señalaba la fecha: once de abril.

Dejó su brazo de periódicos sobre la mesa, se despojó de la gabardina, que arrojó de cualquier forma sobre una silla, y se dejó caer sobre el asiento giratorio.

Debía sentirse muy preocupado, puesto que pasó por alto varias de las «ceremonias» que constituían el inicio de su «rito» de trabajo. A saber: no pidió como siempre un café solo y sin azúcar a la señorita Lewis, a través del interfono, ni encendió, con su acostumbrada calma, el cigarrillo, ni siquiera ordenó a Olivia Palmer, su secretaria, que le pasase el *dossier* de los asuntos pendientes, más urgentes.

La aparente calma de Travis sólo era una máscara. Detrás de su aspecto normal, existía un profundo sentimiento, que se conoce con el nombre de *miedo*.

El terror se había desatado en su corazón, a partir de la comunicación telefónica recibida aquella mañana.

La voz que escuchó era la de un amigo: Scott Remick.

Nada hubiera tenido de singular una conversación telefónica con Remick, si no se hubiera dado la circunstancia de que Remick estaba... muerto.

George Travis tenía treinta y cinco años, era un hombre sano y fuerte, aficionado, desde niño, a los deportes. Era, en suma, un individuo mental y físicamente saludable, por tanto.

En cuanto a su valor, ninguna persona que conociera su historial, podía ponerlo en duda, puesto que Travis había conseguido la medalla a los servicios distinguidos durante la guerra de Vietnam, donde había servido como piloto de bombarderos.

Su inteligencia y su capacidad profesional, le habían llevado al puesto que actualmente ocupaba: director de la Icaro Associated, una de las empresas auxiliares de la NASA.

Sentado ante su mesa, Travis reflexionó. No era un hombre

especialmente emotivo, y poseía la virtud de tomarse con calma los más serios problemas.

Al fin descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Houston? Soy George Travis señorita. Necesito hablar urgentemente con Bill Bendix —pidió.

Bendix era un antiguo amigo, que en la actualidad dirigía el Centro de Formación de Cosmonautas.

Treinta segundos más tarde, Travis escuchaba la voz nasal de Bendix en el auricular.

—Ah, George, mucho tiempo sin tener noticias tuyas. ¿Cómo van las cosas en la Icaro?

Travis carraspeó, indeciso.

¿Cómo debía abordar el problema?

—Todo va bien. Bill. Supongo que Margaret y los niños estarán bien, ¿no es así? Perfectamente, Bill. Oye, por cierto... Quisiera consultarte algo.

—Muy bien, George. ¿De qué se trata?

—¿Recuerdas a Scott Remick? —Travis procuraba que su voz sonase normal, aunque sus labios se movían con cierta torpeza—. Quisiera que refrendaras algunos datos acerca de él. Naturalmente, si esta información no cae dentro de lo que pudiera llamarse «secreto».

Transcurrieron unos segundos de silencio. Probablemente, Bendix se sentía muy sorprendido.

—Bueno, el secreto existe... Pero tú estás al tanto de casi todos los programas de la NASA. Veamos, George, ¿qué quieres saber, exactamente?

—Sólo una cosa: averiguar si existió alguna probabilidad de que Remick y Younger escaparan con vida —pronunció Travis, con voz grave.

A través del hilo, llegó el eco de una carcajada.

—Discúlpame —se excusó Bendix—. Se me escapó la carcajada, aunque el asunto del que estamos tratando sea serio. ¿Cómo puedes pensar tal cosa, George? Naturalmente, ni Remick ni Younger tenían la menor posibilidad de escapar con vida. La cápsula en la que

describían órbitas alrededor de la Tierra, escapó a los controles gravitatorios, y se perdió en el espacio. No poseían energía para obligar a la pequeña nave a volver a la Tierra... Fue algo tremendo, George, tú lo sabes: estuvimos recibiendo sus desesperadas llamadas de auxilio durante varios días... Después, las señales se fueron extinguiendo, y jamás volvimos a tener noticias suyas.

—Todo eso lo sé, pero lo que quería saber... Bueno, ¡ya te lo dije! —explotó Travis, muy nervioso e impaciente—. Supongo que no había esperanzas para ellos...

—Ninguna. Las últimas señales fueron recibidas por nosotros cuando la cápsula se encontraba ya a unos novecientos cincuenta mil kilómetros de distancia. Casi tres veces la distancia a la Luna, para que puedas hacerte una idea. No disponían de oxígeno suficiente, ni siquiera de alimentos concentrados. Compréndelo: sus cadáveres deben encontrarse ahora en la cápsula, a una distancia incalculable de nuestro planeta. Y ello, sin tener en cuenta que la cápsula pudo ser destrozada por los aerolitos que constantemente cruzan el espacio o, sencillamente, desintegrarse.

—Ya —respondió Travis, sin entonación.

—Pero, bueno, ¿quieres explicarme ahora a qué se deben estas extrañas preguntas? Ya he satisfecho tu curiosidad, George. Procura tú hacer otro tanto... Desde luego, fue una pérdida muy sentida. Tanto Remick como Younger eran dos cosmonautas excepcionales...

—¿Excepcionales? —respondió inmediatamente Travis—. ¿Por qué?

—Bien. Todos los hombres que consiguen llegar aquí, tras la selección, pueden llamarse excepcionales, pero ellos eran los mejores, con mucho. Escucha...

Según Bill Bendix, Aldous Younger era, ya a los veinticinco años, catedrático de matemáticas en la Universidad de Berkeley, y uno de los más expertos matemáticos experimentales del mundo.

Por otra parte, Scott Remick poseía un grupo sanguíneo rarísimo —sólo tres casos semejantes en todo el mundo— y era, además, una lumbrera en Parapsicología y fenómenos psicológicos en general.

—En una ocasión, a Younger le sucedió algo insólito, aquí, en Houston: realizando unos ejercicios de salto en paracaídas, se hirió profundamente en un brazo. Sanders, el oficial instructor que le atendió, me habló de ello, asombrado: al parecer, Younger apenas

había sangrado. Sólo unas cuantas gotas. Por otra parte, Younger no permitió que le curaran. Al día siguiente, Sanders vio que Younger se remangaba el brazo... y ¡donde estaba la profunda herida, apenas quedaba ya una cicatriz!

—Es extraordinario —murmuró Travis.

—Desde luego. Tanto como la facilidad de Scott Remick para predecir el futuro. Antes de ser contratado por la NASA, Scott escribió algunos artículos en una revista de Futurología. Pues bien: hemos comprobado que sus predicciones han ido cumpliéndose exactamente a lo largo de cinco años. Incluida la crisis del petróleo a escala mundial, la escasez de materias primas y otras cuestiones igualmente importantes.

—En fin —suspiró Travis—. Creo que no me será posible seguir guardando el secreto para mí solo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Bendix, muy intrigado.

—Esta misma mañana he estado hablando con Scott Remick —confesó Travis, intranquilo.

La exclamación de Bendix obligó a Travis a separar el auricular de su oído.

—¿Tratas de burlarte de mí, George? Siempre te consideré una persona razonable.

—Y sigo siéndolo, salvo que mis facultades mentales hayan entrado en declive —aseguró Travis, serio—. Lo que te digo es verdad. Recibí, hacia las nueve, una llamada telefónica, cuando me disponía a abandonar mi casa. Era su voz, era él: Scott Remick. El mismo se anunció con este nombre.

Bendix se mantuvo en silencio un largo minuto. Sin duda, estaba tratando de calcular si Travis se burlaba o estaba loco.

—Una broma muy pesada, George. Alguien trató de burlarse de ti. Si esa persona vuelve a llamarte, te aconsejo que trates de distraerlo, y avises a la policía: el tipo puede ser peligroso.

Travis tabaleó, muy nervioso, sobre su mesa.

—El caso es... que si se trataba de un bromista, estaba muy al corriente de nuestros secretos estratégicos —respondió, tras una cierta indecisión—. Me dio una larga serie de explicaciones, que reflejaban, con mucha fidelidad, el conjunto de mecanismos de la cápsula

«Minerva», precisamente la empleada en el proyecto que, según la versión oficial, le costó la vida a Remick y a Younger.

Bendix pareció muy impresionado.

—Escucha, George: voy a avisar al mando de la Fuerza Aérea que dirige el programa espacial —aseguró, decidido—. Creo que ellos deben estar al corriente de los hechos. Podría tratarse de un caso grave.

—¡No, no, por favor! —se apresuró a detenerle Travis—. Si lo hicieras, tal vez detuvieran el proyecto que tenemos en marcha. Sería calamitoso para mi empresa, que fabrica todos los componentes electrónicos.

—Pero debes comprender que es nuestro deber, George...

—Espera. Aún no lo sabes todo. Cuando traté de preguntarle a Remick, cuando quise saberlo todo... él me interrumpió. Dijo que tenía que entrevistarse conmigo urgentemente. «Es una cuestión de emergencia. De ello puede depender la seguridad del planeta», dijo. Y prometió reunirse conmigo en lugar seguro, en cuanto le fuese posible.

Bendix no dijo nada inmediatamente. Al cabo, preguntó, desconfiado:

—George, ¿estás seguro de que no bebiste anoche unas copas de más?

—Bueno, sí —respondió Travis, incomodado—. Estuve en un club con unos amigos, y bebí más de la cuenta, pero...

La carcajada de Bendix le dejó helado.

—Vamos, vamos... Por un instante me he dejado sugestionar por ti, George. Lo más seguro es que hayas tenido una pesadilla anoche. Te aconsejo que bebas con más moderación de aquí en adelante. Y cuídate, George.

Travis quedó con el auricular en alto, y una curiosa expresión de perplejidad en sus facciones.

Luego bajó la mano y dejó el aparato en su sitio.

CAPITULO II

Al pie de la letra... George Travis había seguido el consejo de Bill Bendix al pie de la letra.

Es decir: no probó una sola gota de alcohol durante el resto del día.

Sin embargo, estaba absolutamente seguro de que la llamada de Scott Remick no había sido un sueño.

Había consultado con la compañía telefónica, y obtenido la confirmación: su teléfono había recibido una llamada desde una cabina situada en Charington Road, al otro extremo de la ciudad, donde se alzaba el cementerio más antiguo de la localidad.

—Curiosa coincidencia —se dijo humorísticamente George—. Un muerto que habla desde... el cementerio.

Pero no se sentía muy tranquilo. Los datos que había conseguido aquella mañana, gracias a su amistad con Bendix y otras personalidades relacionadas con el programa espacial de la NASA, no venían precisamente a tranquilizarle.

Tenía las fotografías de Younger y de Remick, y una condensada biografía de ambos cosmonautas.

Younger, según la documentación conseguida, había nacido en Trevor River, una pequeña localidad del Estado de Washington... desaparecida bajo las aguas, cuando la enorme presa Grand Coulee entró en funcionamiento.

La documentación de Younger había sido rehecha a base de una declaración jurada y ¡a firma de dos testigos, pues los archivos de Trevor River habían desaparecido en un misterioso incendio.

Con Scott Remick, a quien el propio Travis había conocido personalmente en Houston, ocurría algo semejante: tampoco existían documentos fidedignos de su nacimiento, puesto que San Cristóbal, localidad de Nuevo México donde Remick había nacido, había desaparecido virtualmente en un terremoto ocurrido hacia los años cincuenta.

De todas formas, aquellos detalles podían no ser significativos, puesto que el organismo encargado de seleccionar a los cosmonautas era riguroso en tamizar la personalidad de los hombres del espacio.

En el fondo, Travis hubiera preferido, con mucho, demostrarse a sí mismo que la llamada se debía a un maniático, un gamberro o alguna persona que deseaba inquietarle, por alguna desconocida razón.

¡Si hubiera podido grabar la conversación...!

En su oficina, Travis disponía de un eficiente y silencioso magnetófono, pero no en su villa de Edgemount, en la zona residencial de la ciudad.

Hacia el mediodía, se decidió a adquirir un pequeño grabador a pilas. Con el fin de mantener en secreto aquel asunto hasta saber a qué atenerse, abandonó su despacho, con la excusa de que se disponía a almorzar, y penetró en una tienda de aparatos musicales, donde lo compró.

Era un magnetófono de reducidas dimensiones, que podía llevarse cómodamente en un bolsillo. A partir de allí, estaría preparado para el caso de volver a recibir una llamada telefónica de su misterioso comunicante... muerto.

Travis era un hombre soltero, que solía divertirse de vez en cuando, aunque siempre discretamente.

Aquella tarde se sintió muy solo. Tentado estuvo de telefonar a Judith o a Carolyn para acordar con alguna de las dos una cita y una cena en cualquier local de diversiones.

Pero no lo hizo. Se sentía obsesionado con aquel asunto, y experimentaba un desasosiego poco común en él, un hombre sin nervios.

A las siete volvió a su villa de Edgemount, dejó el coche en el garaje y decidió darse un baño.

Conectó el termo del agua caliente y, entre tanto, fue al frigorífico y abrió una botella de cerveza.

Volvió al cuarto de baño, preparó el agua hasta que estuvo a su gusto, se desnudó y penetró en el baño, donde permaneció algo más de media hora.

Cuando salió, dio a la luz y comprobó, extrañado, que no funcionaba.

«El fusible —pensó—. Ha debido estropearse.»

Pero ¿desde cuándo se estropea un eterno fusible automático,

dotado de una ampolla de mercurio?

A pesar de todo, fue al dormitorio, decidido a telefonear al electricista.

Descolgó y marcó el número... antes de comprobar que no tenía línea.

Empezó a preocuparse. Sin embargo, dominó sus nervios, se vistió tranquilamente y se dispuso a salir, pensando que podría hacer una llamada desde el bar más próximo.

Cruzaba el salón, en penumbra, pues estaba anocheciendo ya, cuando la silueta se destacó entre las cortinas que velaban la cristalera.

George retrocedió de un salto y, mecánicamente, dio al interruptor de la luz que, naturalmente, no se encendió.

Quedó inmóvil, junto al muro, helado de espanto.

—¿Quién está ahí, quién es usted, qué se propone? —preguntó con voz insegura.

—Tranquilízate, George. Soy yo, Scott Remick —le respondieron.

Las rodillas le temblaron a Travis. La voz que estaba escuchando era, exactamente, la del astronauta perdido en el espacio.

A pesar de que el miedo le paralizaba, Travis tuvo la suficiente serenidad para conectar el magnetófono: sucediera lo que fuese, al menos grabaría la voz de su visitante.

—Es imposible, imposible y absurdo —murmuró—. Scott Remick murió, desapareció en el espacio infinito. ¿Cómo es posible que ahora esté aquí?

El desconocido dio unos pasos y se acercó.

Travis permaneció junto al muro, incapaz de reaccionar.

Entonces sintió que las manos del otro le tomaban por los brazos.

—Soy yo, George... ¡Scott Remick! Aunque parezca imposible. ¿Quieres que te lo demuestre? Pues bien... ¿recuerdas, Houston, hace tres años? Tú estabas tomando una copa en compañía de una chica. Yo mismo te empujé accidentalmente, y el contenido de tu copa te manchó la camisa. Era una camisa blanca, a rayas verticales. Vestías, además, un pantalón azul y una chaqueta *beige*, de verano.

¿Recuerdas?

Travis sintió que una corriente helada le envolvía de pies a cabeza, como si el viento soplase sobre él desde el Más Allá.

Cuanto Remick estaba diciendo era cierto. Uno por uno, los datos que acababa de citar respondían a la verdad.

—Pero ¿cómo pudiste regresar de allá? —preguntó, balbuceante—. ¿Cómo puedes estar... vivo?

El murmullo que se oyó en la oscuridad podía tomarse por una carcajada.

—Comprendo que te parezca increíble, querido George. Pero la verdad es ésta...

Según Remick, la salida de la órbita de la cápsula «Minerva» se había debido a una desobediencia de Aldous Younger

—Younger había permanecido en el espacio exterior, unido por el «cordón umbilical» a la cápsula, durante más tiempo del permitido. Cuando al fin conseguí hacerle volver, Younger se sentía completamente desquiciado. Padecía lo que los astronautas llamamos «borrachera del espacio». Tú debes comprenderlo... uno se siente como un pájaro, ingrátido y libre, allá arriba.

La «borrachera» de Younger había tenido un final impresionante: mientras Remick se encontraba distraído, realizando unas comprobaciones rutinarias, Younger había puesto en marcha los retrocohetes, y la cápsula abandonó la órbita terrestre.

—Cuando pude detener los cohetes era demasiado tarde. Nos habíamos alejado de la órbita, y habíamos perdido la atracción gravitatoria. Supongo que debí comunicar a Houston la verdad de lo que acababa de ocurrir, pero no tuve fuerzas para denunciar a un compañero...

»La cápsula salió disparada hacia el espacio libre, a cien mil kilómetros por hora, aumentada su inercia por la acción de los cohetes que Younger había utilizado.

«Durante diez días, el oxígeno y la presión funcionaron normalmente, si bien no nos quedaba ya la menor esperanza de ser rescatados, de volver a la Tierra. Hacía cinco días que no probábamos bocado, y nuestras fuerzas comenzaban a flaquear. Entonces ocurrió aquello...

—¿Aquello? —preguntó Travis, estupefacto.

—A través de una de las escotillas, vi algo brillante, de color azulado. Younger permanecía amodorrado y, aunque le zarandeé, no abrió los ojos. Pasmado de asombro, petrificado por la sorpresa, vi cómo aquel objeto se acercaba muy despacio a la cápsula.

Era un objeto de grandes dimensiones, según Remick, y en principio temió que se tratase de un asteroide —un verdadero pedrusco del espacio— a la deriva.

—Gasté el escaso combustible que nos quedaba en alejarme de "aquello". Pero era inútil escapar: el objeto permanecía siempre a nuestra espalda. No se acercaba ni se desviaba una pulgada. Fue entonces cuando pensé que... se trataba de un ingenio, de una astronave.

—¡No es posible! —exclamó Travis.

El tono de voz de Remick cambió. Parecía disgustado.

—En la Tierra, nos negamos testarudamente a creer que haya vida en el mundo exterior. ¿No era nuestra cápsula una verdadera astronave, aunque de reducidas dimensiones? Pues bien: el objeto brillante era gobernado por seres inteligentes, según tuve ocasión de comprobar.

—¡Explícate! —exigió Travis, profundamente interesado.

Había perdido el temor, prendido en el relato del «resucitado» Scott Remick.

—Después de observarnos— eso supuse yo que hacía— durante varias horas, el objeto se fue aproximando a nosotros. Un casi imperceptible movimiento fue la señal de que había entrado en contacto con la cápsula. Yo me sentía despavorido, y traté de accionar la radio para comunicar a la Tierra lo que estaba sucediendo. Pero la radio no funcionó por alguna extraña razón.

Lo que había sucedido, a partir de entonces, fue algo que Remick no podía explicarse. Durante muchas horas, había estado observando la brillante superficie del objeto que parecía empujar a la cápsula.

—Y así era —declaró Remick—. No sé cuánto tiempo transcurrió... ¡De repente, la esfera azulada de la Tierra fue claramente visible! Nos habían empujado hasta devolvernos a nuestro planeta. Poco después, la cápsula penetraba en la atmósfera terrestre. El extraño objeto azulado desapareció... Yo accioné los paracaídas, y sentí la intensa

vibración de la cápsula...

—¿Y Younger? —preguntó Travis, interrumpiéndole.

—Cuando caímos al mar, comprobé que había muerto. Por desgracia, los flotadores de la cápsula no funcionaron, y pronto empezó a hundirse. Tuve que abandonarla, y nadar desesperadamente durante muchas horas. Por fortuna, un pesquero me recogió al oscurecer.

El barco era de nacionalidad filipina, en cuyas aguas faenaba. Y el patrón no tuvo inconveniente en trasladarle a tierra al día siguiente, aunque se mostró lógicamente curioso.

—Dije que era piloto de una línea comercial, y que mi avión, cargado de mercancías, había caído al mar. No me hicieron ninguna pregunta más. Aquel mismo día tuve que ser atendido por un médico: tenía múltiples heridas en el rostro como consecuencia del brutal impacto sobre el mar, y debido a que yo había soltado mis cinturones de seguridad en cuanto la cápsula penetró en la atmósfera.

—Es extraño. Al parecer no acudiste al más próximo consulado o Embajada de nuestro país en Filipinas...

—No. Leí algunos periódicos atrasados: todos nos creían muertos. No quería volver a la NASA, no ascendería jamás al espacio... Para ello, nada mejor que adoptar una nueva personalidad. Younger estaba muerto, y jamás sería encontrado, pues lo más seguro era que su cadáver fuese devorado por los tiburones.

Remick había vendido su precioso reloj espacial y un solitario de platino, con un grueso rubí, lo que le permitió pagar al médico que le atendió, obtener un pasaporte falso y el pasaje hacia Estados Unidos.

—No he confiado en nadie: sólo en ti, George. Guardaba un buen recuerdo de ti, y abrigué la esperanza de que me comprenderías y querrías echarme una mano.

Travis tardó en contestar, sumido en un mar de cavilaciones.

—Podrías hacerte inmensamente rico, concediendo una exclusiva de tu aventura a la televisión o a la Prensa, Scott. Pero puesto que pretendes adoptar una nueva personalidad...

Remick se mostró muy excitado.

—Por favor, George. . ¡No irás a descubrirme! —exclamó.

Travis no sabía qué actitud adoptar. Pero, finalmente, optó por conducirse con cautela.

—Espera un momento, Scott —dijo—. Voy a encender el mechero. ¡No puedo resistirme a la tentación de contemplar tu rostro!

Le sorprendió la reacción de Remick, que dio un salto y se dirigió a la puerta.

—¡¡No!! —gritó—. Sólo serviría para asustarte.

CAPITULO III

—¡Espera! —gritó Travis—. Debes explicarme eso. ¿Es que tu rostro está desfigurado?

—Sí. Me ha operado un cirujano muy experto en cirugía estética. Dentro de un mes me libraré del vendaje. Entonces podrás ver mi rostro. El cirujano aseguró que mis facciones volverían a ser las mismas.

Pero Travis se sentía ya dominado por la desconfianza.

—Y... ¿no será que todo es una estratagema, que usted no es, en realidad, Scott Remick, que trata de hacerse pasar por un... muerto?

El otro abrió la puerta.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? Te he dado pruebas que sólo Scott Remick podría ofrecer. ¿Por qué no tienes confianza en mí, George?

—Está bien. Pero quiero saber más cosas. Por ejemplo..., ¿por qué has recurrido a mí? —quiso saber Travis.

—Volveremos a vernos, George. Entonces contestaré a tus preguntas.

Pero Remick cerró la puerta.

En aquel instante, ocurrió algo muy extraño: la luz volvió a lucir en el salón.

Travis perdió dos segundos en precipitarse a la puerta, correr a través del caminillo enlosado y comprobar... que la calle estaba vacía.

Ni un viandante, ni un automóvil alejándose... Nada.

A pesar de todo, Travis registró la casa y el jardín cuidadosamente. Si Remick quería gastarle una broma absurda y estúpida...

Al cabo, volvió a la casa, decepcionado.

De pronto, recordó que había puesto en marcha el magnetófono que llevaba oculto bajo la chaqueta.

Detuvo la marcha de grabación, lo sacó y, sobre la mesa, rebobinó la pequeña cinta, hasta llevarla al principio.

Oprimió el botón de reproducción y esperó. Pero apenas pudo escuchar el apagado siseo de la cinta, moviéndose.

Varias veces lo intentó, y otras tantas fracasó: la cinta no estaba impresionada por ningún sonido.

Se sentía muy extrañado. ¿Se debía a algún defecto de la *cassette*, quizá?

Porque él estaba seguro de haber pulsado el botón correspondiente a «grabación».

Decidió que al día siguiente volvería al almacén de aparatos musicales, y haría la correspondiente reclamación.

Sin embargo, le preocupaba intensamente todo lo que acababa de saber por boca de Scott Remick.

Porque, lógicamente, no podía dudar de que fuese él: los detalles que acababa de darle sólo eran conocidos por Remick.

—Pero ¿por qué la ansiedad que demuestra Scott por olvidarlo todo, y su interés por seguir pasando por muerto cuando esta vivo? —se preguntó Travis.

«No volveré a la NASA, no volveré al espacio», había dicho Remick, obsesionado.

Quizá la explicación a su absurda decisión estaba allí: Remick estaba aterrado por lo que había visto fuera de la atmósfera terrestre.

—Pero él debía saber que la NASA no envía al espacio a ningún hombre que no esté perfectamente, tanto en lo físico como en lo mental —se arguyó a sí mismo Travis.

Sin embargo, debía admitir que un hombre aterrado no es capaz de razonar libremente. Y eso debía ocurrir con el «resucitado» Scott Remick.

Travis se sentía tan obsesionado y nervioso, que finalmente optó por comunicarse con Carolyn Douglas.

Carolyn, con su espontánea vivacidad, con su cálida presencia, tal vez conseguiría ayudarle a olvidar todo cuanto le inquietaba.

Cruzó la habitación para tomar el teléfono, pero se detuvo ante la mesita sobre la que estaba el aparato.

¿Habrían reparado ya la avería...? ¿Funcionaría?

Descolgó. Había línea.

«Hablaré con averías» —pensó y marcó el número.

Pero la mujer que respondió a su reclamación le informó que los controles no habían detectado ninguna avería en la zona residencial de Edgemount.

Era muy extraño.

Tres sistemas importantes habían fallado en la villa que ocupaba Travis... El fluido eléctrico, el teléfono y el magnetófono, pero todo había vuelto a funcionar en cuanto Scott Remick salió de la casa.

—¡Al diablo! —gruñó—. No quiero romperme la cabeza pensando. —Y decidió—: Probablemente fue una casualidad.

Marcó el número de Carolyn.

—Ah, ah —bromeó ella al otro lado del hilo—. El gran Oso Gris decide abandonar su aislamiento... ¿A qué milagro se debe?

Travis amaba a aquella mujer, tan decidida y testaruda. Y si no se había casado con ella, un año atrás, fue, sencillamente, porque Carolyn se había empeñado en continuar con su programa de televisión.

Como Travis se notaba a sí mismo irritado e impaciente, esperó unos segundos antes de contestar, pues temía dejarse llevar por su estado de ánimo.

—¿Estás libre, Carolyn? —preguntó luego—. Si es así, podíamos organizar una pequeña cena *a nuestro estilo*.

A nuestro estilo suponía cenar en casa, preparando una cena mixta, es decir, compartiendo los gustos divergentes de ambos: Travis se inclinaba por las carnes y las salsas, mientras Carolyn se entusiasmaba por los pescados al horno y las verduras.

—Iré ahora mismo... con la condición de que te comportes razonablemente —accedió ella—. Espera. Me pondré algo y estaré ahí en media hora.

Travis colgó y fue al bar, instalado en el rincón opuesto. Sacó una botella de whisky y se sirvió un trago.

Al verter el licor en el vaso, Travis advirtió que su mano temblaba. Y se irritó consigo mismo.

Bebió y comenzó a sentirse mejor.

Se sentó en un alto taburete, pero los nervios le obligaron a ponerse en pie poco después, y a pasear de un extremo a otro del amplio y confortable salón.

—Debí casarme con ella hace tiempo —murmuró en voz alta.

¿Por qué salía con Judith, entonces?

Sencillamente, porque necesitaba la compañía femenina. No era un niño ya. La mayoría de sus amigos de la misma edad estaban casados y tenían hijos.

Sólo la maldita manía de Carolyn de seguir trabajando en su programa de televisión había impedido que estuvieran casados.

Ah, no: Travis no estaba dispuesto a volver del trabajo y encontrar su casa vacía. La única condición que el ponía era que abandonase la televisión.

Hecho curioso: también Carolyn exigía que él, Travis, dejase su trabajo como director general de la Icaro Associated.

—Existen en este Estado dos docenas de empresas, que se apresurarían a ofrecerte excelentes empleos en cuanto supieran que estás libre, George —insistía ella.

Y Travis solía repetir siempre la misma pregunta:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué debo despedirme de la Icaro?

Carolyn aludía entonces al caso de espionaje descubierto por la policía federal en la Icaro Associated un año atrás. El propio Travis había sido interrogado por los G-Men: había sido un caso muy desagradable, pero al final Travis salió de él libre de cualquier sospecha

—Muy bien, pero en otra ocasión podría ocurrir lo contrario. La Icaro está estrechamente relacionada con la NASA y quien sabe si... En fin, querido, detesto la simple idea de que nuestro hogar esté amenazado por perturbaciones de esa clase. Prefiero, entonces, seguir con mi trabajo.

Carolyn tenía una personalidad fuerte y bien definida. Pero sabía ser dulce y flexible igualmente.

Por lo demás, Travis la adoraba y la deseaba fervientemente con

todos sus sentidos, porque Carolyn era una mujer bonita, picara, exultante de juventud y de atractivo.

Por desgracia, Carolyn era también una mujer tenaz, de ideas fijas. Prometía dejar su trabajo en televisión, pero... a cambio de que Travis cambiase de empresa.

Y Travis no estaba dispuesto a transigir en ello. Amaba su trabajo, que le había dado prestigio y dinero.

Se sirvió otro trago. Poco después llegó Carolyn.

Llevaba los cabellos sueltos y brillantes sobre los hombros, y tenía los labios húmedos.

Travis la besó con ansia. Pero ella protestó en seguida.

—Prometiste ser sensato, recuérdalo —dijo, rechazándolo con suavidad.

Husmeó el aire con gesto burlón y miró a Travis con ojos chispeantes.

—Respiro más tranquila ahora —declaró—. No detecto el clásico aroma a violetas de tu heroína bíblica...

Naturalmente, Carolyn se refería a Judith, a propósito de la cual hacía, frecuentemente, algunos comentarios irónicos muy sutiles.

—Estamos tú y yo y eso es todo —dijo Travis, ceñudo.

—Te veo nervioso, inquieto, querido. ¿Es que has decidido, por fin, dejar tu trabajo en la Icaro?

—Nada más lejos de mi pensamiento, estrella —respondió él rápidamente. Y fue al bar para prepararle un martini.

La presencia de Carolyn le resultaba mil veces incitante. Pero el recuerdo de la visita de Remick absorbía sus pensamientos y le distraía constantemente.

Juntos fueron a la cocina y juntos comenzaron a preparar la cena.

Carolyn se había despojado de su bello abrigo azul, y se había puesto un delantal floreado, que le daba un aspecto hogareño e íntimo.

Cuando la cena estuvo preparada, volvieron al salón y cenaron sin prisas, arrullados por la música de Burt Bacharach.

Travis bebió vino con exceso aquella noche. Quizá fue el vino lo que le impulsó a preguntar de repente:

—¿Qué dirías de un cosmonauta perdido en el espacio que se presenta de pronto en tu casa, Carolyn?

Ella le miró, enarcadas las cejas.

La tragedia ocurrida un año atrás a Remick y Younger había sido silenciada por los órganos oficiales. Afortunadamente, la misión que llevó a los dos cosmonautas al espacio exterior era rutinaria, y fue poco aireada por los medios de difusión. Por otra parte, el gran público había perdido ya su interés por los vuelos espaciales, finalizados los proyectos lunares.

Por tanto, algunos periódicos habían dado la noticia de costumbre: la cápsula «Minerva» había sido recogida en el Pacífico, y elevada a un portaaviones. Lo cual era falso, por supuesto.

—Di, ¿cuál sería tu reacción? —volvió a preguntar Travis, que sabía que ella estaba al margen del secreto.

—Pues... consideraría que me había llovido del cielo un fabuloso tema para realizar un magnífico programa televisivo de ciencia-ficción —respondió Carolyn, expectante—. Dime, ¿qué hay de concreto en tu pregunta?

Notando su ansiedad, Travis calló lo que estaba dispuesto ya a confiarle. Porque no estaba absolutamente seguro de que Carolyn fuese a guardarle el secreto.

—Nada —mintió—. Era una estúpida idea.

Y volvió a llenarse la copa de aquel denso y oscuro vino de California.

CAPITULO IV

Una semana después, George Travis alzó la puerta basculante de su garaje, dispuesto a abandonar su villa de Edgemount.

Abrió la portezuela de su automóvil y se sentó tras el volante. Ya estaba dando al arranque, cuando observó aquella sombra confusa a través del espejo retrovisor.

De un brinco se volvió hacia atrás y contempló, aterrado, aquellas delgadas facciones.

—¿Por qué te sobresaltas, George? Soy yo, Scott Remick. Supongo que ahora ya no tendrás dudas...

Era Remick.

Su frente dilatada, algo abombada, sus cabellos rizados, la nariz delgada y aguileña, los labios finos y delgados, los pómulos salientes, las facciones demacradas...

Todo coincidía. Claro que sus facciones aparecían amarillentas, tan pálidas como las de un muerto, pero ello era explicable, si se tenía en cuenta que su rostro había permanecido velado muchos días por un vendaje.

—¡Remick! —gritó Travis, todavía asustado—. Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué te has metido en el coche, cómo has logrado entrar en el garaje? Pudiste esperarme fuera o llamar a la puerta.

Scott dejó escapar una risita.

—Era fácil: sólo tenía que cruzar entre los dos postes y activar la célula fotoeléctrica que pone en funcionamiento el motor, y abre la puerta basculante del garaje. No olvides que soy un científico, George.

—Bien... Pero ¿por qué introducirte aquí en lugar de llamar a la puerta? —preguntó Travis, intranquilo.

—Verás: no quería que nadie me viera entrar. Alguien podría reconocerme, ¿comprendes? En fin, veo que pareces molesto...

—Te comportas de un modo extraño y sospechoso, Scott, debes admitirlo. En fin, ¿qué quieres? —inquirió. Y disimuladamente, oprimió el botón del magnetófono que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Necesito trabajo, George. No puedo reclamar lo que es mío, si quiero continuar *muerto*. He tenido que ponerme en manos de un cirujano estético, tú lo sabes, y ello ha terminado con mis últimos ahorros. Así, pues, necesito un empleo con urgencia —confesó Remick.

Travis apartó la mirada.

—Te extenderé un cheque por cinco mil dólares, Scott. Espero que ello remedie algo tu situación —dijo.

Pero Remick se apresuró a interrumpirle:

—Eres muy considerado, George, pero no es eso lo que necesito. Si pudieras darme un empleo en la Icaro Associated... Yo podría trabajar en el Departamento de Proyectos. Créelo, estoy bien formado. Tú sabes que cualquier empresa pagaría lo que pidiese a un matemático como yo.

Travis se oprimió las sienes, desquiciado.

Desde luego, Remick era un matemático excepcional; cuyos servicios serían de incalculable valor en cualquier empresa dedicada, por ejemplo, a la electrónica, como la misma Icaro Associated. Pero...

—Es cierto que yo podría admitirte, Scott —respondió, al cabo de unos instantes de reflexión Travis—. Pero hay un obstáculo tremendo: incluso el menos importante de los operarios de la empresa debe someterse a una exhaustiva investigación de sus antecedentes por parte del FBI, puesto que los fabricados de la Icaro, como tú conoces, van a formar parte de los ingenios de la NASA. Compréndelo, Scott, es imposible. Tú y yo somos buenos amigos: no he olvidado tus aportaciones gratuitas a mi trabajo en el campo del cálculo experimental, ¡pero es imposible que trabajes en la Icaro!

—En cuanto a la investigación por parte del FBI, déjalo de mi cuenta. Tengo una documentación muy buena a nombre de Stanley Smith, ingeniero electrotécnico. Yo haría las gestiones necesarias para que el FBI aprobara mi «historial». Confía en mí, lo conseguiré.

Pero Travis hizo otra objeción:

—No lo lograrías de ningún modo. Tus facciones son demasiado conocidas. ¿Olvidas que, años atrás, tu rostro apareció repetidas veces en la televisión y en los diarios? Los del FBI te reconocerían y lo mismo sucedería en el Departamento de Proyectos de la Icaro o de cualquier otro lugar...

Remick sacó algo de su bolsillo. Era una bolsa de plástico, que abrió.

—También he pensado en ello. E incluso he realizado una prueba. Con estas gafas oscuras, con barba y bigote —Remick iba colocándose aquellos objetos a la par que hablaba—, ¿lo ves? Estoy irreconocible. Así pues, me dejaré crecer la barba y el bigote y me cubriré siempre con estas gafas. Nadie podría reconocerme, ¿no crees?

Travis hubo de reconocerlo así.

Era cierto que las gafas oscuras ocultaban bien sus inquisitivos ojos. La barba y el bigote, por otra parte, hacían más ancho su magro rostro.

A pesar de ello, Travis se sentía inquieto. Se debatía en la más profunda indecisión.

Porque, ¿no era todo aquello demasiado extravagante e insólito?

Pero algo le tentaba a someterse a la petición de Remick: la Icaro podría obtener resonantes y definitivos éxitos con la decisiva cooperación de un genio de las matemáticas como era el cosmonauta.

Ello y la gratitud que sentía hacia Remick le obligaron a tomar una decisión.

—De acuerdo, trabajarás en la Icaro —dijo al fin—. Sólo espero que todo salga como tú deseas. Si se descubriese la falsedad de tu personalidad como Stanley Smith, yo perdería mucho más que tú, Scott.

—No debes pensar en ello siquiera —se apresuró a responder el excosmonauta—. Soy un hombre honorable y consciente de mi responsabilidad. En ningún caso tendrías que sufrir las consecuencias, George.

—Bien... De todas formas, extenderé el cheque que te prometí —dijo Travis.

Y sacó su talonario y extendió el efecto por cinco mil dólares.

Lo firmó y lo tendió a Remick, que se lo guardó en un bolsillo de su chaqueta.

—Naturalmente, deberás esperar al menos un mes hasta que tu barba haya crecido suficientemente. Volveremos a reunirnos entonces —terminó Travis.

Remick sonrió, agradecido.

—Eres un buen amigo y un hombre excelente, George. No te defraudaré —aseguró Scott, vacilante y emocionado.

Travis puso el motor en marcha.

—Hemos perdido mucho tiempo. Deberé darme prisa para estar en la fábrica antes de las diez. ¿Quieres que te deje en algún sitio? —preguntó, volviéndose.

—No. Saca el coche del garaje y deja que la puerta caiga. Yo saldré de aquí dentro de unos minutos: ya conoces mi desconfianza —respondió su amigo.

A Travis le pareció extraña aquella decisión, sobre todo teniendo en cuenta que las villas y hotelitos de enfrente aparecían parcialmente tapadas por la frondosa vegetación de los jardines.

Pero tendió su mano a Remick y dijo:

—A tu gusto, Scott. Hasta la vista.

Apenas pudo disimular un escalofrío... ¡la mano de Scott Remick estaba helada y dura como la de un muerto!

El hombre que ocupaba el asiento posterior abrió la portezuela y bajó.

Entonces George Travis movió la palanca de cambios y arrancó despacio. No se movió para mirar hacia el garaje cuando salió a la calle.

Pero se sentía intranquilo y lleno de temores.

Recordó entonces que el pequeño magnetófono debía seguir grabando y lo detuvo.

En la avenida Roosevelt frenó y rebobinó la cinta de la *cassette*. Pulsó el botón de reproducción, elevó el volumen al máximo y esperó.

Pero fue inútil: el aparato no había grabado nada, aunque funcionaba.

En lugar de abandonar la ciudad y dirigirse a la factoría de la Icaro Associated, Travis condujo por el centro de la ciudad hasta el almacén de aparatos musicales en el que había adquirido el magnetófono.

Habló con el vendedor, le expuso sus quejas... El hombre conectó

el botón de grabación y respondió con voz clara y fuerte:

—Es extraño, señor. Todos nuestros aparatos están minuciosamente revisados y puestos a punto. Probaremos... Así. Ahora voy a llevar la cinta a su punto de arranque. He estado grabando desde que empecé a hablar. ¡Escuche!

El vendedor pulsó la tecla de reproducción, y su voz se oyó tan fuerte que en seguida hubo de bajar el volumen.

—Funciona perfectamente, señor —dijo el hombre, con una sonrisa amable—. ¿Quizá se equivocó de tecla? Ocurre a veces.

—Es posible —respondió Travis, con desusada brusquedad. Y recogió el aparato y salió a la calle.

Al abrir la portezuela de su coche, algo le llamó la atención: sobre la alfombra destellaba un disco dorado.

Estupefacto, abrió la puerta trasera y lo tomó en sus manos.

Era una valiosa moneda antigua de oro, de cien ducados. Una pieza española, cuyo valor no sería inferior a los trescientos o cuatrocientos dólares.

Travis la miró y la remiró, perplejo, e incluso la sopesó en la mano. Indudablemente, la moneda era tan pesada como indicaba su tamaño, de unos cuatro centímetros de diámetro.

¿Quién había podido perder aquella maravilla en su coche?

No podía ser Carolyn, quien hubiera sido incapaz de ocultar la posesión de una pieza tan hermosa y valiosa.

—En tal caso, sólo queda una solución... Remick la perdió —decidió para sí.

Guardó la moneda en un bolsillo y decidió, como era lógico, devolvérsela a Scott Remick en la primera ocasión si, verdaderamente, la pesada pieza de oro era suya.

Que un hombre cualquiera llevara en el bolsillo una moneda de oro, aunque fuese tan antigua, nada tenía de extraordinario, pensó Travis, pues desde que Estados Unidos decidieron considerar el metal amarillo como una mercancía más y el Departamento del Tesoro comenzó a poner a la venta el codiciado metal, eran muchos los norteamericanos que invertían en ello sus ahorros, fuese en lingotes, o en medallas o monedas.

De todas formas, George se recriminó por no haber solicitado a Remick la dirección de su actual domicilio. De saber donde vivía, todo hubiera sido más rápido y más fácil.

Mientras conducía a través de un tránsito denso y peligroso, Travis deseó tener un amigo de confianza con quien poder consultar sobre los extraños incidentes ocurridos los últimos días.

«No debía haberme comprometido con Remick, sin reflexionar antes largamente», pensó.

En la División del FBI estaba Bill Travers, un policía federal al que le unía una larga y antigua amistad.

Pero ¿cuál sería la reacción de Travers cuando le hablase de Remick, es decir, de un desaparecido, de un... hombre muerto?

—Decidiría que estoy mal de la cabeza... a menos que pudiera demostrarlo, enseñándole a Remick, vivo —dedujo, siguiendo un razonamiento lógico.

Podía hablar confidencialmente con Travers, y esperar a reunirse con Scott Remick. Pero aquello no dejaría de suponer una traición para con su amigo Scott.

Tras largas cavilaciones, decidió callar por el momento.

Poco después se detenía ante el control vigilado de la entrada a la factoría Icaro, y penetraba en el recinto.

CAPITULO V

Carolyn le besó suavemente en los labios. Traspasado íntimamente por la caricia, George se recostó más cómodamente sobre el diván.

—Has adelgazado mucho en las últimas semanas, George —dijo ella, cariñosa—. Algo te preocupa, querido. Algo te está inquietando, no puedes ocultármelo a mí. Sabes que te conozco bien.

Era cierto que Carolyn se sentía muy preocupada.

A pesar de sus discusiones, de sus divergencias y de los fuertes y encontrados caracteres que ambos poseían, Carolyn *sabía* que George Travis era el único hombre al que podría amar.

Todo había cambiado en pocas semanas, como Carolyn acababa de recordar.

El hombretón rudo, pero afable, cordial y lleno de energías que era corrientemente George Travis, se había venido abajo.

Se había vuelto hosco, huraño y amargado. Había perdido la vivacidad de su mirada y la decisión de sus gestos, tan varoniles.

Parecía completamente apagado. Y además, había grandes ojeras en sus párpados y había perdido más de diez kilos.

Carolyn había tratado discretamente de averiguar la causa de aquel abatimiento.

En vano. George respondía invariablemente:

—¿Qué puedo decirte? El trabajo me absorbe, hay cosas que no salen bien, mis nervios se tensan, siento horribles jaquecas. Pero todo pasará. O eso espero al menos.

Por eso, aquella noche, Carolyn se decidió. Y de repente propuso:

—Casémonos, George. Si tú lo exiges, yo renunciaré a mi trabajo en televisión. Estoy decidida.

George la miró, incrédulo.

—¿Que tú renuncias a...? ¡No puedo creerlo! Algo muy grave debe ocurrir entonces si eres sincera.

Los ojos de Carolyn se llenaron de lágrimas.

—Ocurre que tú estás en peligro, sea cual fuere el motivo. Ocurre que no puedo permitir que vivas inquieto, vagando como un loco por las noches, olvidando que debes comer, alimentarte y cuidarte... ¡Todo eso está ocurriendo! —exclamó ardientemente.

Travis se irguió.

Paseó como un león furioso a lo largo del salón. Vacilaba, dudaba en decidirse a hablar.

Finalmente, sus ojos volvieron a encontrarse con aquellos otros húmedos y brillantes de lágrimas de Carolyn y se decidió.

—Creo que debo contártelo todo —dijo. Y se sirvió un buen trago de whisky en el pequeño bar—. ¿Recuerdas aquella absurda pregunta mía? ¿Aquélla, relacionada con un astronauta perdido en el espacio que, de pronto, aparecía en mi casa...?

—¡Sí, sí, lo recuerdo! —respondió Carolyn, sumamente interesada.

—No era ninguna estúpida idea, sino que respondía a la realidad. Un hombre al que conocí y estimé, un famoso astronauta desaparecido en el espacio remoto, ha vuelto...

Habló sin que Carolyn le interrumpiera. Se expresaba con voz trémula y apasionada, ansioso por descargar aquel secreto que le intranquilizaba.

—¿Obtuvo Remick el visto bueno del FBI para trabajar en la Icaro? —preguntó Carolyn, finalmente.

Travis volvió a servirse un chorro de whisky en un vaso antes de responder. Y Carolyn se espantó al advertir la ansiedad con que él se llevaba el vaso a los labios, y bebía hasta que no quedó en él una gota de licor.

—Sí, aunque ignoro de qué medios se valió para conseguirlo —confesó George, volviendo al diván para incorporarse, nervioso, en seguida—. Fue sometido a una prueba profesional, que sobrepasó con creces. E inmediatamente, Remick pasó a trabajar en el Departamento de Proyectos, el centro más importante de la Icaro. Sin embargo...

—¿Sí?

—Todo hubiera seguido adelante, sin incidentes, pero yo sentía una gran inquietud y una curiosidad tan profunda, que no me permitían vivir tranquilo. Todas aquellas cosas extrañas, ocurridas en relación con Remick, su manía de cubrir constantemente sus manos

con guantes, me intrigaban hasta el punto de impedirme dormir por las noches.

—¿Qué hiciste?

—Le vigilé discretamente. Un día nos tropezamos cuando él se disponía a abandonar el lavabo del Departamento... Hablamos. Y de repente me dijo aquello: «La curiosidad puede resultarte perjudicial, George.» Protesté. Pero él, aunque te parezca increíble, conocía mis pensamientos, y estaba al tanto de mis movimientos. Me separé de él, más inquieto, si cabe. Dos noches después...

Eran más de las diez de la noche, y todas las instalaciones de la Icaro Associated estaban vacías de operarios.

Travis había estado trabajando hasta aquella hora en la revisión de un presupuesto. No disponía de todos los datos necesarios, por lo que abandonó su despacho y fue hasta el edificio del Departamentos de Proyectos.

—La puerta principal y las ventanas estaban cerradas y cubiertas con sus persianas metálicas a prueba de ladrones. Y sin embargo, alguien permanecía arriba. Subí despacio... Tenía en el bolsillo de mi chaqueta la pistola que compré hace dos o tres semanas, y la oprimía entre mis dedos, dispuesto a usarla si llegaba el caso. Entré en el pasillo, avancé... Por debajo de la puerta correspondiente al estudio de los proyectiles, brotaba una lengua de luz...

Travis se detuvo. Contenía la respiración con el propósito de percibir algún rumor, pero no pudo escuchar nada.

«Tal vez todo sea eso: alguien se olvidó de apagar la luz», pensó.

En cualquier caso, Travis oprimió el pomo de la puerta, lo hizo girar y abrió bruscamente.

Remick estaba sentado a una mesa de trabajo, y se incorporó vivamente al verle.

Le pregunté por qué estaba allí todavía y le hice ver lo sospechoso de su conducta. Pero no se inmutó lo más mínimo. Se rió y luego dijo que nada había de sospechoso en aquello. Sencillamente, había trabajado toda la tarde y... se había quedado dormido. Discutimos. No quería yo creer una disculpa tan burda, pero Remick reía y reía.

Cuando su risa se calmó, Remick se mostró bruscamente serio e incluso amenazador.

Me advirtió que debía ser razonable y cauto, y olvidar cualquier sospecha respecto a él, «por mi bien». Su cínica actitud me encolerizó. Le agarré por los hombros y le zarandeé bruscamente. Remick me repelió de una forma extraña... Juraría que fui rechazado por una descarga eléctrica. Caí al suelo. Vi que Remick se inclinaba hacia mí con aspecto sombrío, pero decidido... Perdí los nervios y disparé dos o tres veces...

Remick cayó hacia atrás, impulsado por los balazos, y quedó inmóvil en el suelo.

Me incorporé, aterrado. Me recriminaba por no haber controlado mis nervios... Remick estaba tendido con los brazos abiertos, parecía muerto. Un sentimiento de culpa me impulsó a inclinarme sobre él, a palparle, a retirar su camisa para averiguar la gravedad de sus heridas...

Travis se incorporó, pálido como la muerte.

Levantada la camisa y la camiseta, comprobó que la piel de Remick era... gris.

No palpaba con mis dedos el familiar relieve del tórax, de las costillas, sino una masa blanda y elástica como... el caucho. De los tres agujeros que tenía en el pecho no manaba sangre, pero sí una sustancia lechosa y espesa...

Dominado por el espanto más intenso, Travis escapó de allí dando gritos.

Resbalé en la escalera y caí rodando. Al fin pude detenerme, dolorido y magullado. Dos vigilantes penetraron en el edificio. Al verme en el suelo y comprobar mi palidez y mi impresionante estado, en lugar de tomar en cuenta mis advertencias lanzadas a gritos, me tomaron por los brazos y me condujeron al botiquín de urgencia de la misma factoría, donde un sanitario me inyectó un sedante.

Minutos después, Travis se encontraba más tranquilo y pudo dar una versión bastante coherente de lo sucedido.

Naturalmente, tanto el sanitario como los vigilantes me miraron, incrédulos. Pero insistí en que me acompañaran al edificio del Departamento de Proyectos y comprobaran la verdad de mi declaración.

Accedieron al fin. Al cabo, los dos hombres armados se habían dejado influir por el increíble relato de Travis, y ascendieron la

escalera con mil precauciones.

Cuando penetraron en el estudio de los proyectistas... todo estaba en orden. De Remick no quedaba ni rastro.

Los vigilantes, pues, se volvieron hacia el director de la Icaro, con la sospecha reflejada en sus expresiones.

—¿Está seguro de no haber soñado, señor Travis? —se atrevió a preguntar uno de ellos—. Tal vez trabajó demasiado. Pudo quedarse dormido y...

Travis protestó, indignado.

Y obligó a los dos hombres a registrar minuciosamente toda la sección. Al extremo del pasillo encontraron una ventana cuya persiana de seguridad había sido levantada.

—¿Lo ven? —gritó Travis, volviendo a excitarse—. ¡Está levantada, luego alguien debió escapar por aquí! —calló de repente, y luego murmuró—: Pero no pudo ser Remick, él estaba... herido.

Travis ordenó que fuese dada la alarma a todo el sistema de vigilancia del recinto, y se comunicó telefónicamente con Bill Travers, del FBI.

Travers llegó a la factoría hacia las once. Y en cuanto se entrevistó con George Travis, advirtió el impresionante estado de nervios en que se debatía su antiguo amigo.

Hubo una inspección de rutina. Más de dos docenas de hombres registraron escrupulosamente la factoría e incluso se interrogó, uno por uno, a los vigilantes jurados.

Ninguno de ellos había notado nada anormal durante su periodo de vigilancia.

Aquello sólo sirvió para que la excitación nerviosa de George Travis subiese más y más.

Por enésima vez, se empeñó en repetir su historia a Travers, que le escuchó con atención concentrada hasta que Travis terminó de hablar.

No dijo lo que pensaba, pero para el policía federal estaba claro: su amigo George Travis había perdido temporalmente la razón. ¡Toda aquella historia del cosmonauta perdido en el espacio, que regresaba a la Tierra...!

Travis fue al mueble-bar y se sirvió una nueva y generosa ración de whisky.

—Por favor, George, no bebas tanto —imploró Carolyn, tan impresionada que sus labios temblaban.

Pero él bebió y bebió ansiosamente hasta agotar el licor que se acababa de servir.

—¿Cómo puedes pedirme que no beba? —exclamó él, violento—. Es lo único que sirve para calmar mi inquietud. ¿Sabes lo que ocurrió hace dos semanas? He t estado ocultándolo para no afligirte, pero lo cierto es que el consejo de administración de la Icaro Associated ha acordado separarme temporalmente de mi cargo. «Váyase de vacaciones, querido Travis», me dijeron. «Todos comprendemos que se ha excedido en su trabajo, y que necesita un prolongado descanso.» Me contemplaban a hurtadillas y cuchicheaban entre sí... «¡Pobre George...!», murmuraban con expresión condolida...

Calló, jadeante:

—Me consideraban loco... ¡¡Loco!! ¿Comprendes, Carolyn? Y me alejaban de mi trabajo y de mi responsabilidad, porque un loco no está capacitado para dirigir una factoría como la de la Icaro... Sentí ganas de gritarles que eran unos necios, pero... callé. Y ¿sabes por qué, querida Carolyn?

Ella lloraba en silencio. Sus manos tapaban su rostro y el pañuelo, oculto entre ellas, empapaba las lágrimas.

—Pues bien —continuó Travis con voz tensa—. Callé porque sabía que si seguía insistiendo en mi historia, o me dejaba llevar por la indignación, me encerrarían en un manicomio. Por eso callé. A pesar de todo, insistí en que me pusieran a prueba. Quise que me sometieran a la hipnosis o al detector de mentiras, pero no accedieron. «Posiblemente sólo se trata de una pasajera alteración nerviosa, una indisposición que se curará fácilmente con unos meses de descanso», decidieron.

Nuevamente, Travis se dirigió al mueble-bar y tomó la botella.

Entonces, Carolyn abandonó el diván y corrió hacia él.

—¡¡No, George, por amor de Dios!! ¡Beber no te ayudará! ¡No puedes seguir bebiendo! —gritó ella, tratando de arrebatarle la botella.

Travis soltó la botella y alzó un puño. Sus facciones estaban tensas,

y sus ojos brillaban demasiado.

Al fin, bajó lentamente el brazo, y dejó escapar un gemido ronco y profundo.

—¡Dios santo! —murmuró—. He estado a punto de golpearte, Carolyn.

Y la abrazó impulsivamente, acarició sus mejillas y la besó con dulzura.

Luego, poco a poco, se fue calmando.

Abrazados ambos, fueron hasta el diván y se sentaron.

—Debo dominarme —dijo Travis—. O la locura hará, en verdad, mella en mi mente. Pero necesito que alguien me crea, Carolyn..., ¡lo necesito desesperadamente!

—Yo te creo, George —dijo ella con voz débil.

Travis la miró.

No mentían los ojos de la mujer, no había una mentira piadosa en los labios. Carolyn era sincera.

Travis se sintió poseído por un ingenuo y sentido agradecimiento. Le tomó las manos, se las besó, estremecido de gratitud, y fue calmándose poco a poco.

—Si tú me crees, estoy salvado —confesó—. Sin embargo, algo horrible está ocurriendo. Y ayer mismo tuve pruebas de ello.

—¿De qué se trata? —preguntó Carolyn, mirándole con ternura.

—Hablé ayer con Bill Travers. Le pregunté por Remick. Y me respondió: «No debes preocuparte, George. Naturalmente, el ingeniero Stanley Smith sigue trabajando de forma normal en el Departamento de Proyectos.»

Carolyn se retorció las manos, nerviosa.

Pero Travis no se alteró.

Reflexionaba.

El sabía que no estaba loco, aunque los nervios le hubieran jugado una mala pasada recientemente.

Era consciente de una cosa: debía comportarse como una persona

normal, y no dar el menor motivo para que le creyesen loco. Sólo así podría averiguar algo.

En cuanto a Carolyn..., podía contar con ella. Quizá ella sólo le creyese porque le amaba, pero era suficiente.

—En fin —dijo Travis, volviéndose hacia Carolyn—. La noticia que me dio Bill Travers tiene una traducción: el hombre sobre el que yo disparé tres veces está vivo y bien vivo. Aunque yo no pueda explicármelo de ninguna manera.

CAPITULO VI

—Estoy dispuesto a seguir adelante —dijo Travis convencido—. Pero no quiero que quede la menor sombra de duda en relación con mis facultades mentales. Conozco a un buen psiquiatra: se trata del doctor Frederick Pawlowsky. Voy a entrevistarme con él, y me someteré a un profundo examen.

Era muy temprano, apenas las ocho de la mañana.

A pesar de que estaba terminando el mes de mayo, el viento, muy fuerte, agitaba los cedros del jardín con violencia.

Carolyn no se había separado de George desde la noche anterior. Y estaba decidida a no separarse de él ni un milímetro de allí en adelante.

En presencia de Travis, ella había telefoneado a los estudios de televisión, y cancelado su contrato.

Aquella noche, compartida en común, había sido decisiva para Carolyn. Ahora ya sabía a qué atenerse: amaba a George con toda la fuerza de su corazón.

George había esbozado sus planes.

—En primer lugar, telefonearé al consejo de administración de la Icaro. Diré que he tenido en cuenta sus recomendaciones, y voy a tomarme unas largas vacaciones lejos de aquí. Mencionaré Hawai como de pasada, pero sin especificar el hotel donde voy a hospedarme. Después...

George quería alquilar un apartamento discreto en los alrededores de la ciudad. Un lugar que estuviera bien comunicado, pero lo suficientemente aislado para que nadie tomase nota de sus idas o venidas.

—Buscaremos ese lugar personalmente, no quiero utilizar el teléfono —decidió Travis, mientras Carolyn preparaba el desayuno.

Debía, además, adquirir una nueva pistola, puesto que Bill Travers le había retirado la suya. Muy correctamente, pero con firmeza.

Hacia las diez y media hizo la llamada al consejo de administración de la Icaro, y habló con el presidente, míster Thomas O'Glenn, a quien expuso su propósito.

—Le deseo unas felices vacaciones, George —respondió O'Glenn, cortésmente—. Todos deseamos que vuelva cuanto antes a la dirección de la factoría. Buena suerte y diviértase.

Ya se disponía Travis a telefonear al doctor Pawlowsky, cuando zumbó el teléfono.

Carolyn estaba en el salón y observaba a George. Por eso pudo comprobar que el nombre palidecía intensamente, mientras escuchaba a través del auricular.

—¿Ocurre algo, George?

Pero él la obligó a callar con un gesto enérgico.

Cuando colgó, la frente de Travis estaba cubierta de sudor, y sus manos temblaban.

Carolyn se asustó. Fue a preguntar, pero el gesto profundamente reflexivo de George la detuvo.

Luego, él sacó algo del bolsillo y lo depositó sobre la mesa del teléfono. Asombrada, Carolyn contempló la enorme moneda de oro.

Pero en seguida, Travis la tomó por una mano y la sacó de la casa.

En silencio, subieron al automóvil y se alejaron. Poco después, George se apeaba del coche y penetraba en un *drug*, seguido de Carolyn.

Buscó unas monedas en su bolsillo, se aproximó al teléfono y marcó un número.

Su voz vibraba cuando pronunció:

—¿Oficina del FBI? Por favor, es urgente: póngame con el agente especial Bill Travers. Dígame que soy George Travis. El comprenderá.

Poco después estaba hablando con Bill.

—¿De qué se trata, George? —la voz del policía sonaba con cierto acento de desconfianza.

—Relájate, Bill —respondió Travis—. No voy a contarte ninguna historia increíble por esta vez. Sólo quiero pedirte un favor. Hace apenas diez minutos, he recibido una llamada telefónica. Quisiera saber desde dónde llamaban. Mi teléfono es el 456-99-99 de Edgemount. ¿Podrías hacerlo?

—No cuelgues —respondió el policía—. Veré qué puedo hacer.

Travis volvió a oír su voz poco después.

—¿Me oyes, George? Tengo aquí lo que te interesa: la llamada a tu teléfono provenía del aparato instalado en una cabina telefónica de Charington Road. ¿Es eso todo?

—Sí, Bill. Muchas gracias por la molestia.

—¡Espera! —gritó Travers—. ¿Puedo saber por qué te interesa tanto esa llamada?

—No valdría de nada explicártelo. Como en otra ocasión..., tampoco me creerías, Bill —respondió Travis.

Abandonaron el *drug*, y penetraron en un bar próximo.

—¿Quieres beber? —preguntó George a Carolyn.

—Confieso que lo necesito —confesó ella. Y George pidió dos coñacs.

Se sentaron a una mesa aislada, junto a la cristalera.

El viento seguía soplando fuerte en la calle, y dos chicas gritaron estridentemente cuando el aire elevó sus faldas hasta la cintura.

Aunque pareciera absurdo, dada la tensión que le embargaba, Travis dejó escapar una carcajada. Y la risa relajó sus nervios.

Carolyn le miraba, expectante.

—Vamos, habla de una vez —suplicó—. Me tienes en vilo. ¿Quién te llamó por teléfono, por qué palideciste, qué significaba esa bella moneda de oro que dejaste sobre la mesa?

Travis probó un sorbo de coñac y le tomó una mano.

—El que llamaba era Scott Remick... si es que verdaderamente se trata de él, aunque empiezo a pensar algo muy distinto, pequeña.

—¡Remick! ¿Qué te dijo?

—Al principio no podía explicarme a mí mismo cómo él podía saber que yo acababa de hablar con mister O'Glenn. Dijo textualmente Remick: «No puedes engañarme a mí, George. Yo sé que no vas a abandonar la ciudad, que sólo te propones hacer algunas investigaciones acerca de mí. Piénsalo; si intentas algo contra mí, estás

perdido, George. Estás intentando penetrar en lo desconocido, y ello sólo significa una cosa para ti... ¡la locura!

Carolyn tapó sus ojos con las manos.

—¡Es horrible, horrible! —murmuró—. ¿Qué hay detrás de Scott Remick, George?

—No lo sé. Supongo que algo monstruoso, difícil de comprender a nuestra mentalidad —confesó, preocupado—. Pero una cosa es cierta: yo voy a seguir adelante, cueste lo que cueste.

Súbitamente, Carolyn le abrazó.

—¡George, George, tengo miedo! El espanto se está infiltrando dentro de mí... ¡Olvidémoslo todo y huyamos! Hagamos exactamente lo que dijiste a O'Glenn: alejémonos de aquí, y vivamos felices y tranquilos durante unos meses —imploró, estremecida.

Travis la miró con fijeza.

Por un momento, su expresión se ablandó, parecía a punto de ceder.

Pero luego se irguió, y sus facciones se endurecieron.

—Comprendo tu estado de ánimo, querida. Y pienso que, en verdad, debieras quedar al margen de esto. En cuanto a mí... voy a seguir adelante, ya te lo dije... No podré vivir tranquilo hasta aclararlo todo.

Carolyn no dijo nada.

Travis volvió a beber un sorbo de coñac con la vista perdida en las gentes que cruzaban la calle, en los automóviles que pasaban, raudos, en los árboles agitados por el viento.

Y dijo:

—Esa moneda de oro... La encontré sobre la alfombra de mi coche, poco después de separarme de Remick. La guardé en mi bolsillo, dispuesto a devolvérsela. En la primera ocasión que tropecé con él, la saqué y se la mostré. La reconoció como suya, y la tomó en sus manos. Pero luego me la devolvió con un gesto amable.

«Quédatala —dijo— como recuerdo y como símbolo de la gratitud que siento hacia ti». Y yo accedí. Ahora sé que no le impulsaba la gratitud a regalármela...

—¿Qué era entonces? —preguntó Carolyn.

—Imagino que, tras el brillante aspecto de esa moneda, se esconde algún ingenio electrónico, capaz de transmitir a Remick todo cuanto hablo, ¿comprendes?

—¿Te espiaba a través de ese aparato?

—Es lo que imagino. Por eso lo dejé en casa antes de salir: quería hablar tranquilo, sin la amenaza de ese sutil espionaje. De todas formas, he podido averiguar algo de suma importancia: Remick habló desde una cabina de Charington Road, igual que la primera vez.

—¿No está muy cerca el antiguo cementerio, ya en desuso? —preguntó Carolyn, experimentando cierta alarma.

—Sí. Allí está el Old Cemetery, cerrado ya, donde reposan los restos de los héroes de la guerra de Secesión. Y desde muy cerca llamó Remick... Es curioso —respondió Travis, pensativo.

Carolyn le tomó impulsivamente por un brazo.

—¡George...! Si esa moneda esconde una especie de espía electrónico, creo que debes desprenderte de ella inmediatamente.

Travis sonrió.

—Todo lo contrario, pequeña —respondió—. Voy a llevarla nuevamente conmigo. No me desprenderé de ella.

—Pero... ¡es peligroso!

—¿No lo comprendes? —preguntó George, extendiendo una mano sobre la mesa—. Admitido que Remick me vigila a través de ese aparatito, lo mejor que puedo hacer es conservarlo... para transmitirle falsa información a través de él, Carolyn, querida.

Ella abrió mucho los ojos. Y comprendió que George tenía razón

CAPITULO VII

—Espero que este lugar te guste —dijo Carolyn. Y descendió del coche.

También George bajó y dirigió una ojeada a los alrededores.

La casa estaba situada tras una suave colina. Era un *bungalow* de fachada en piedra y grandes ventanales, dotado de piscina, un pequeño campo de tenis y teléfono.

Se llegaba a la casa desde una carretera secundaria. A unos cinco kilómetros de la ciudad, se tomaba una desviación a la derecha, y bastaba recorrer kilómetro y medio a través de un camino liso y bien cuidado para llegar al *bungalow*.

Carolyn en persona se había encargado de gestionar el alquiler de la casa, mientras Travis se trasladaba a Redbuttom con el fin de adquirir una pistola.

Los dos habían tenido éxito en sus gestiones, puesto que mientras Carolyn tenía la suerte de encontrar aquella bonita, retirada y confortable casa, Travis conseguía adquirir una flamante pistola-ametralladora «TS- War», dotada de un cargador de treinta y dos disparos, bien tiro a tiro o en ráfaga.

Tomaron el caminillo y avanzaron hacia la casa.

Travis dio su conformidad con un gesto. La casa no era visible desde la carretera, y ocupaba un lugar preeminente, desde el que podía dominarse fácilmente todo el camino.

Inspeccionaron la casa y comprobaron que los muebles eran modernos y suficientes. Como había un garaje, Travis volvió al coche y lo dejó en su alojamiento.

Era tarde para almorzar, pero ninguno de los dos habían tenido tiempo para tomar un bocado aquella mañana. Por tanto, Carolyn preparó unos bocadillos y comieron en la terraza.

A las cuatro, Travis se decidió:

—Debo acudir a la clínica del doctor Pawlowsky, pequeña. Pasaré por mi casa de Edgemount, y recogeré la moneda de cien ducados. Espero que, hacia las diez, el examen haya terminado —dijo.

Ella le miró, angustiada. Pero no dijo nada.

Salieron juntos al porche y ella esperó hasta que George sacó el coche del garaje.

— No te entretengas, por favor —suplicó—. Estaré esperándote, impaciente.

George la besó en los labios y aceleró. El coche desapareció en una vuelta del camino poco después.

* * *

A las diez y media de la noche, Carolyn se sentía ya francamente inquieta.

Para las once, había cedido a la necesidad de tomar algo, que calmase sus nervios: una copa de coñac.

A pesar de todo aguardó. George podía haberse retrasado por cualquier motivo..., incluso por una avería en el coche.

—Pero en ese caso, habría avisado por teléfono —se respondió a sí misma.

A las once y treinta minutos, Carolyn descolgó el teléfono y pidió un taxi a la ciudad, después de tratar inútilmente de comunicar con el teléfono del doctor Frederick Pawlowsky.

«Algo horrible está ocurriendo», pensó. Pero al mismo tiempo se empeñó en convencerse a sí misma de que debía conservar la calma por encima de todo.

Era el mismo lema que Travis se había impuesto a sí mismo: mantener la serenidad por encima de cualquier cosa que viniera a perturbarle.

El taxi llegó ante el *bungalow* veinte minutos después.

—A la clínica del doctor Frederick Pawlowsky, Freeman Street, 450 —indicó Carolyn al taxista en cuanto se hubo acomodado sobre el asiento trasero.

Poco a poco, la inquietud fue ganando terreno en su ánimo.

Incluso aquel pensamiento consiguió hacerse un hueco en su mente.

—¿Y si, en verdad, George estuviera loco?

Rechazó de plano aquella idea, y se recriminó a sí misma.

—Mujer de poca fe: pronto empiezas a flaquear. El te ha dado pruebas de saber razonar, inteligente y fríamente. ¿A qué dudar entonces?

Irguió el busto. Sucediera lo que sucediera, Carolyn estaña siempre junto a George Travis.

Aquella decisión le dio fuerzas. Más animada, sacó un cigarrillo de su bolso y fumó con ansiedad.

Al fin, el taxi se detuvo ante el 450 de Freeman Street. Pagó al taxista y cruzó la acera con vivos pasos.

La clínica del doctor Pawlowsky ocupaba una primera planta del edificio; una construcción antigua, aunque bien conservada.

Fue a penetrar en el vestíbulo, pero un hombre de uniforme la detuvo. Era un policía.

—Espere —dijo el *cop*—. ¿Vive usted en esta casa?

A Carolyn le dio un vuelco el corazón.

—No vivo aquí. Me disponía a entrevistarme con el doctor Pawlowsky. Pero ¿qué... ha ocurrido? —preguntó, vacilante.

—Temo que no va a poder ver al doctor Pawlowsky, señorita —respondió el policía—. Ha muerto.

—¿Muerto? —la angustia subía a borbotones a la garganta de Carolyn, cortándole la respiración.

—Asesinado —declaró el hombre de uniforme—. Creo que será mejor que busque a otro médico.

Pero Carolyn no necesitaba un médico, a pesar de que su corazón latiese vertiginosamente.

—¡Por favor, por favor! —gimió—. Tengo que saber qué ha ocurrido exactamente. Mi prometido tenía una consulta con el doctor Pawlowsky esta tarde. Y no ha vuelto a las diez, como prometió, ¿comprende?

El agente se rascó disimuladamente una oreja.

—Comprendo. Bien, el teniente Galberty está dentro. Venga conmigo. Quizá él pueda ayudarla. ¿Cómo se llama?

—Carolyn Douglas. Mi prometido es George Travis, director de la compañía Icaro Associated —respondió, con un hilo de voz.

Siguió al policía, que oprimió el timbre de una amplia puerta de nogal, en la que figuraba una placa dorada: «Doctor F. Pawlowsky. Psiquiatra.»

La puerta se abrió. Otro hombre de uniforme les hizo sitio para pasar y cerró a sus espaldas.

En el ancho pasillo al que se abrían algunas puertas esmaltadas en blanco había gruesas manchas de sangre.

Carolyn las vio y tragó saliva, alterada.

—Esta es la señorita Carolyn Douglas, teniente. Dice que...

Acababan de entrar en una estancia en la que se encontraban varias personas.

En el suelo se veía un bulto cubierto por una sábana. Y las manchas de sangre eran más gruesas y frescas allí.

Un hombre de baja estatura y anchas espaldas, se adelantó hacia ella.

—Siéntese, señorita Douglas. El agente Brown afirma que el señor Travis tenía acordada una cita con el doctor Pawlowsky —dijo Galberty—. ¿Quiere explicármelo todo?

Lo repitió, con voz trémula, aunque permaneció en pie, rígida y evitando que sus ojos mirasen de nuevo aquel bulto cubierto con una manta. Porque el temor comenzaba a apoderarse de ella.

Galberty debió adivinar sus pensamientos porque dijo:

—No, no es míster Travis, sino el doctor Pawlowsky. Vinimos aquí cuando su enfermera hizo una llamada urgente a la policía desde un teléfono público. El de esta casa estaba inutilizado, ¿comprende?

—Por favor, no ande con rodeos. ¿Sabe dónde está George Travis? —preguntó Carolyn, impaciente, aunque un tanto más sosegada.

—No. En realidad, apenas sabemos lo poco que dijo por teléfono la enfermera del doctor Pawlowsky —confesó Galberty—. Declaró que dos desconocidos habían penetrado en esta clínica, y habían agredido al doctor, tras lo cual golpearon a la enfermera. La joven recobró el conocimiento horas más tarde. Y descubrió el cadáver de Pawlowsky.

Le habían... bueno, tiene varias puñaladas en el vientre. La enfermera está ahora en el hospital. Tal vez dentro de unas horas conseguiremos saber algo más, pero habrá que esperar a que esa joven se recupere de su ataque de histeria.

—La enfermera... no citó el nombre de George Travis, supongo — indagó Carolyn.

—No —respondió el policía. Y añadió—: Nos ocuparemos de todo, señorita Douglas. ¿Dónde podré encontrarla en el caso de que se produjeran novedades?

Carolyn reflexionó brevemente.

Volver al *bungalow* recién alquilado le parecía inútil y sólo serviría para sentirse más desamparada y sola.

Por eso dio a Galberty la dirección de su apartamento de soltera, en Washington Avenue.

El policía la acompañó hasta la puerta, y Carolyn quedó sola con su angustia.

¿Qué podía hacer? Estaba segura de que le sería imposible descansar, que se pasaría la noche pensando obsesionalmente en George.

—¡George, George! —murmuró, entristecida—. ¿Dónde estás...?

Con toda su alma, Carolyn deseó poseer poderes para averiguar qué había ocurrido en la clínica del doctor Pawlowsky cinco o seis horas antes.

CAPITULO VIII

George Travis debió haberlo tenido en cuenta.

Pero cuando llegó a la ciudad y se detuvo ante el 450 de Freeman Street, se sentía absorbido por la tensión que suponía someterse al examen de un psiquiatra.

Miró el reloj: eran las cinco y media. La hora que había acordado con el doctor Pawlowsky.

Como había llegado a la ciudad a las cinco de la tarde, Travis tuvo que dar una vuelta para hacer tiempo.

Había viajado hasta la zona residencial de Edgemount y penetrado en su villa. Con un solo objetivo: recoger la moneda de cien ducados oro que había dejado sobre la mesa del teléfono.

Pero la moneda había desaparecido.

A Travis se le erizó el cabello. Pero inmediatamente sacó su «TS-War», dispuesto a registrar la casa desde el sótano al tejado.

No encontró nada sospechoso. Pero la desaparición de la moneda significaba otra cosa: que alguien había penetrado en la villa para robarla.

¿Cómo, por dónde?

Travis no pudo averiguarlo. Las ventanas permanecían cerradas, tal como había encontrado la puerta.

Tras el registro, volvió al salón.

Miró nuevamente en la mesa, bajo el teléfono, en el suelo, bajo la alfombra. Era evidente que alguien se había llevado la moneda de oro.

Abandonó la casa a las cinco y diez, preso de la inquietud. Y al volver al coche, miró a todos lados, temeroso de que estuvieran espiándole.

No había nadie a la vista, de modo que dio al contacto y se alejó.

Por un momento, pensó que lo mejor sería posponer la visita al doctor Pawlowsky, dejarlo para otro día y volver junto a Carolyn para darle cuenta de la extraña desaparición de la moneda.

Pero no quería hacer perder el tiempo a Fred Pawlowsky, un buen amigo, que había decidido posponer sus vacaciones para atenderle.

Volvió a Freeman Street y buscó un lugar donde estacionar. Lo halló en un solar próximo, habilitado para parque de recreo infantil. Algunos chicos le miraron con curiosidad cuando descendió del coche.

Cruzó la calle y penetró en el vestíbulo del número 450. Luego pulsó el timbre de la puerta de nogal y esperó.

Una joven muy bonita, vestida con el uniforme corto de enfermera, le abrió la puerta.

—Soy George Travis. Tengo una cita con el doctor Pawlowsky —anunció.

—Le esperábamos, señor Travis. Adelante —invitó la enfermera. Y cuando hubo cerrado la puerta, dijo—: El doctor Pawlowsky estará aquí dentro de unos minutos. Ha tenido que salir urgentemente. Pero no tema: mientras llega, le atenderá su ayudante el doctor Lindley.

Travis frunció el ceño. No tenía la intención de confiarse a otra persona que no fuera el propio Fred Pawlowsky, pero puesto que el psiquiatra volvería de un momento a otro...

—Por aquí —dijo la enfermera con una sonrisa amable.

Le guió a través del pasillo, hablando constantemente de cosas superficiales, que a Travis le importaban un rábano. Decididamente, la jovencita tenía tanto de atractiva como de parlanchina.

La enfermera empujó una puerta e invitó:

—Pase.

El hombre que estaba sentado tras una mesa esmaltada se puso en pie. A Travis le disgustó su aspecto: un rostro estrecho, nariz de halcón, labios delgados y fríos, y una barbita cubriendo su mentón.

—El señor Travis, el doctor Lindley —presentó la enfermera. Y desapareció.

—Adelante, señor Travis —invitó Lindley—. El doctor Pawlowsky no tardará en volver, como supongo le habrá advertido la enfermera. Entre tanto, si no tiene inconveniente, yo iré preparándole para la entrevista con mi colega. Venga aquí, por favor.

Travis vaciló. No le gustaba el aspecto de Lindley, ni su voz fría, ni

sus manos... enguantadas.

—Tiéndase cómodamente en el diván. El psicoanálisis exige que la mente y el cuerpo estén cómodos y relajados. Gracias, así está bien — iba diciendo Lindley, mientras le ayudaba a acomodarse. Y observó—: Parece muy inquieto, señor Travis. Nada tiene que temer, créalo. Pero será mejor que le inyecte un sedante.

Lindley tuvo la jeringuilla en sus manos rápidamente. Travis se incorporaba ya para protestar, cuando la aguja se clavó en su brazo, a través de la manga de su chaqueta.

—Tranquilícese, tranquilícese —repetía Lindley en un murmullo.

Travis comprobó que una gran laxitud le embargaba velozmente, que sus párpados tendían a cerrarse, y que sus brazos y piernas pesaban toneladas.

¿Sonreía Lindley en verdad o sólo era una ilusión creada por la droga que el médico acababa de inyectarle?

Al tratar desesperadamente de incorporarse, Travis vio las manchas rojizas que sus propios zapatos habían dejado sobre el pavimento.

¡Manchas rojas, de sangre...!

¿Por qué las suelas de sus zapatos estaban manchadas de sangre...?

Sus ideas eran cada vez más inconexas y lentas.

Se agitó locamente, quiso incorporarse, gritar su miedo y su inquietud. Pero sus músculos no le obedecieron, ni tampoco sus cuerdas vocales emitieron el más leve sonido.

Inclinado sobre él, Lindley reía y reía. Pero sus carcajadas se diluían en el aire y no podían llegar a los oídos de Travis.

Poco a poco, sus párpados cayeron y el conocimiento le abandonó.

* * *

Volvió en sí... ¿cuánto tiempo después?

Verdaderamente, no había reaccionado íntegramente, pues no podía moverse ni hablar, aunque sí podía oír las voces.

—Ahí le tienen. Será mejor que se lo lleven cuanto antes. No me gustaría que a Joan o a mí pudiera detenernos la policía.

Travis hizo un esfuerzo desesperado para alzar los párpados, para ver lo que estaba ocurriendo muy cerca de él.

Al fin lo consiguió.

Cuatro siluetas se movían alrededor de él, muy difusas.

Graduó su visión con ansia. Y vio.

Una de aquellas siluetas correspondía a Lindley, embutido aún en su bata blanca.

Pero las otras tres... ¡eran idénticas!

A través de los párpados entornados —no podía elevarlos del todo — contempló aquellas facciones pálidas, estrechas, demacradas y barbudas... ¡idénticas a las de Scott Remick!

«Por el amor de Dios! —pensó—. ¿Cuántos Scott Remick hay, cuál de ellos es el auténtico, el verdadero?

Quizá fuera una ilusión óptica. ¡Era imposible que tres criaturas fuesen tan absolutamente iguales!

¿Un desdoblamiento de la visión tal vez?

—No lo es —razonó con sorprendente lucidez—. Si fuera la misma imagen desdoblada, cada una de esas siluetas repetiría exactamente los movimientos de los demás.

¡Pero no era así! ¡Cada uno de aquellos hombres se movía por su cuenta!

Dos de ellos le tomaron cada uno por un brazo, mientras el otro cogía sus tobillos.

No sentía el contacto de sus manos, puesto que sus músculos permanecían insensibles, pero sí pudo comprobar, por la oscilación del tubo fluorescente del techo, que le habían elevado del diván y le llevaban hacia la puerta.

Travis se sentía aterrorizado.

Su cerebro funcionaba y a través de él circulaban velocísimas ondas, que transmitían incesantemente mil ideas espantosas.

—¡Esperen! —gritó Lindley—. He visto moverse sus párpados, se está recuperando, va a despertar... Será mejor que vuelva a inyectarle.

—¡¡¡Nooooo!!! —clamó mentalmente Travis, pero no pudo oponerse de forma alguna a que Lindley se acercase y volviese a pincharle a través de la manga.

La verdad es que ni siquiera sintió el pinchazo de la inyección. Pero el efecto de la droga se dejó sentir inmediatamente.

Sus párpados tendían a cerrarse, pesados como el plomo.

En su visión apareció el bello rostro de aquella jovencita que se había fingido enfermera, y que ahora parecía tan espantada como él mismo.

Luego, bruscamente, perdió por segunda vez la noción de las cosas.

George Travis debió tenerlo en cuenta, desde luego.

Lógicamente, si Scott Remick había sabido —con toda seguridad a través de aquel hermoso disco dorado— que Travis se proponía desenmascararle, de la misma forma conocía que George se proponía visitar al doctor Pawlowsky.

En cualquier caso, Travis jamás hubiera podido evitar la muerte del doctor Pawlowsky, sentenciado desde el mismo momento en que el director de la Icaro decidió comprobar la firmeza de sus facultades mentales, y eligió a aquel psiquiatra a tal fin.

CAPITULO IX

Había sido una noche muy larga. Larga y terrible.

Horas de inquietud, de tristeza, soledad y angustia.

Carolyn había estado llamando constantemente al teniente Galberty hasta las dos de la madrugada, hora en que el policía abandonó la sección de homicidios para irse a casa a dormir.

—No, señorita Douglas, no sabemos nada todavía —respondía invariablemente el teniente—. ¿Por qué no se acuesta? ¡Ojalá pudiera hacerlo yo...!

Agotada, Carolyn se dejó caer en la cama hacia las cinco de la madrugada. Cerró los ojos e intentó dormir, pero su inquietud no lo permitió.

A las ocho de la mañana estaba en el cuartel de policía. Galberty no había llegado todavía, pero un detective llamado Knox la invitó a sentarse en una de las oficinas e incluso tuvo la gentileza de ofrecerle una taza de café al contemplar sus facciones demacradas y ansiosas.

A las nueve llegó Galberty. Venía directamente del hospital, en donde había interrogado a la enfermera del doctor Pawlowsky.

—No hay mucho que contar, señorita Douglas —confesó el teniente—. Es cierto que el doctor Pawlowsky tenía el nombre de George Travis anotado en su agenda, y había anunciado a su enfermera que Travis llegaría hacia las cinco y media. Pero a las cinco, según a señorita Wellish, dos desconocidos penetraron en la clínica y la golpearon. Por tanto, Travis llegó después de que...

Galberty se detuvo. Pero Carolyn completó rápidamente la frase:

—Después de que el doctor Pawlowsky fuese asesinado, ¿no es eso? Y en tal caso, puede presumirse que sus asesinos le retuvieron contra su voluntad. —Carolyn iba excitándose por momentos—. O incluso se puede ir más allá: quizá asesinaron a Pawlowsky accidentalmente, cuando se negó a dejarse suplantar por otra persona, que pretendía tener a su disposición a George Travis, ¿no piensa lo mismo que yo?

—Cálmese, por favor —rogó Galberty, viéndola descompuesta—. ¿Cómo se le ocurren tales ideas? La verdad es que no tenemos pruebas de que Travis fuese a visitar a Pawlowsky. Quizá se arrepintió a última

hora. No olvide que era una entrevista voluntaria y que podía posponerla fácilmente. No se preocupe por ello. Nosotros vamos a ocuparnos de averiguar el paradero del señor Travis. Confíe en ello.

Carolyn abandonó el cuartel de policía.

La verdad era que no había hallado ningún consuelo en aquella visita. Por el contrario, más y más incógnitas surgían en el caso.

A las doce de la mañana se sentía desfallecida. Recordó que hacía veinticuatro horas que no ingería alimentos, y comprendió que si no se esforzaba en comer algo desfallecería.

Penetró en un bar y comió unos bocadillos. A su alrededor, la gente bullía, gesticulaba, se movía, gritaba, comía y gozaba... Naturalmente, ajenos a que Carolyn Douglas se debatía en la más atroz de las angustias.

Después de comer, anduvo sin rumbo cierto durante dos horas. Hacia las cuatro de la tarde se encontraba en Freeman Street. Sus pasos la habían conducido casualmente hacia allí...

Siguió avanzando hasta el 450. Y entonces oyó los gritos de los niños y contempló, por primera vez, el solar convertido en parque infantil de recreos.

Por encima del seto vio el coche de George... ¡Luego Travis había estado en Freeman Street, y, por tanto, en la clínica del doctor Pawlowsky!

Rodeó el seto, acongojada, y llegó junto al automóvil. El coche estaba intacto e incluso las llaves pendían en el salpicadero.

Abrió la portezuela. Algunos chicos se acercaron a curiosear.

—Será la novia del loco —cuchicheó uno de ellos. Y Carolyn le oyó.

—Acercaos —invitó, forzando una sonrisa. Pero los chicos permanecieron a una prudencial distancia, desconfiados.

—Vamos, venid. Daré un dólar al que sepa responder a mis preguntas. Aquí está el dólar. ¿Quién se siente capaz de ganarlo?

—Pues no parece loca. Ella, no, al menos —cuchicheó el mismo chico, un muchacho moreno y delgado. Y se acercó.

—Veamos, ¿a qué loco os referís? —preguntó, manteniendo el

billete entre los dedos—. ¿Era alto, fuerte, de cabellos castaños, y vestía una chaqueta a cuadros y pantalones grises?

—¡Sí! —respondió el muchacho—. Así era. ¿Me da el dólar?

—Un momento más y te lo daré. ¿Por qué le llamáis loco?

—Bueno, entró en la casa del doctor Pawlowsky, ¿comprende? Luego vino una furgoneta del Sanatorio Psiquiátrico... Dos loqueros se lo llevaron en volandas. Lo metieron en la furgoneta y se lo llevaron.

—Te has ganado el dólar. Pero te daré otro si recuerdas algunas cosas más. ¿Seguro que la furgoneta era del Sanatorio Psiquiátrico?

—Claro. Lo ponía en la furgoneta: «Sanatorio Psiquiátrico del Estado» —deletreó el muchacho, moviendo la mano como si señalase un rótulo imaginario.

Carolyn le entregó otro billete y cerró la portezuela. Un momento después arrancaba y se alejaba, Freeman Street adelante.

Sabía lo que debía hacer: visitar el Sanatorio Psiquiátrico. Cuanto antes. No tenía muchas esperanzas de que aquella furgoneta, que los chicos señalaban, perteneciese al centro, pero debía averiguarlo.

El complejo sanitario estaba situado en lo alto de una de las suaves colinas que flanqueaban la ciudad hacia el Este. Pinos y eucaliptos crecían frondosos alrededor de los blancos edificios.

Carolyn frenó al llegar al aparcamiento y dejó el «Triumph» de Travis estacionado de forma que le fuese fácil abandonar la zona en caso de emergencia.

—Lo siento, señorita Douglas —la informó la enfermera de recepción—. No tengo registrado a ningún George Travis. ¿Está segura de que lo enviaron aquí? Por cierto, ¿no aparece usted en televisión en el programa...?

—¡Sí, sí! —la interrumpió Carolyn, impaciente—. Pero ahora, por favor, me interesa encontrar al señor Travis. He sabido que una ambulancia de este centro le recogió en Freeman Street en la tarde de ayer. Mister Travis es alto, corpulento, de facciones cuadradas y enérgicas, cabellos castaños... Vestía chaqueta a cuadros y...

—¡Espere! —exclamó la enfermera—. Ayer por la tarde ingresó un caballero, cuya descripción coincide con la que me acaba de dar. Pero no se llama Travis, sino Tower...

¿Le habían ingresado en el centro psiquiátrico bajo nombre supuesto? Era una posibilidad.

Carolyn sacó fuerzas de flaqueza.

—¿Tower? Por favor, dígame el número de su habitación. ¡Tengo que verle en seguida! —gimió.

—Lo siento, no puedo hacerlo, señorita Douglas. Por otra parte, en estos momentos el señor Tower estará siendo sometido a una sesión de electrochoc. Si aguarda media hora, podrá entrevistarse con el doctor Cardy, el neurólogo que le atiende —respondió la enfermera.

—¡Electrochoc! (1[1]) —gritó Carolyn, a punto de desmayarse—. Eso..., eso es horrible. Y él..., él no está loco.

La enfermera la miró con lástima.

—Vaya a la sala de espera, señorita. Yo la avisaré cuando el doctor Cardy esté dispuesto a recibirla.

* * *

El doctor Cardy la invitó a contemplar el interior de la celda a través de la mirilla.

—¿Es él? —preguntó, nervioso.

Carolyn asintió, estremecida de espanto.

—¡Dios santo, sí! ¿Cómo... cómo pudieron recibirle en este centro sin más tramite, doctor Cardy? —exclamó.

Cardy la arrastró hasta un despacho próximo.

—La documentación fue entregada en regla. Unos familiares de Tower deseaban que éste fuera sometido a tratamiento... Ahora... Bien, supongo que esa documentación fue falseada y estoy seguro de que ese hombre no se llama Tower, sino George Travis. Abriremos una investigación.

—Eso no me interesa. Quiero que reanime a George, que le ponga en condiciones de andar y le dé de alta —exigió la joven con decisión.

—Pero eso... ¡es imposible! Tower..., es decir, Travis, ha recibido dos sesiones de electrochoc. ¿Quiere comprenderlo? Cuando recibimos a Travis ayer tarde, deliraba... Cuando despertó, se comportó como un loco furioso. Golpeó a varios enfermeros y hubo de ser reducido a la

fuerza. Además, hablaba de unos extraños seres de otros mundos... Todo eso, ¿no era ciertamente para creer que Travis estaba loco? —exclamó el médico.

Carolyn no tuvo más remedio que darle la razón.

—Sí, pero usted mismo confesó, hace unos minutos, que a Travis le habían inyectado una fortísima dosis de drogas excitantes, poco antes de ser ingresado. Escuche, doctor Cardy: no voy a irme sin George. Usted me conoce: soy guionista, presentadora y actriz de televisión. La NBC me respaldará, sin discutirlo, si inicio una campaña contra usted, aprovechando el incidente ocurrido con Travis. Y ello supondría el desprestigio de este centro y de todos sus médicos. ¿Va a darme a Travis, doctor Cardy?

—¡Qué remedio! —respondió el médico, consternado—. Tendrá que esperar algunas horas: Travis debe recuperarse. Luego se lo entregaré. Espero que sepa conducirse con discreción respecto a este asunto, señorita Douglas.

—Trato hecho —respondió Carolyn.

Pero no se separó del médico hasta el momento en que George Travis, auxiliado por dos fornidos enfermeros, fue depositado sobre el asiento del «Triumph».

Cuando quedaron a solas, Carolyn miró a Travis, y estalló en sollozos.

—¡George, George, amor mío! —murmuró, traspasada por la angustia.

Miraba a Travis y apenas podía reconocerlo. Su chaqueta le estaba holgada y a través del tejido podía palpar los brazos descarnados del hombre.

Tenía los ojos hundidos en sus cuencas, y unas inmensas ojeras oscuras que le conferían un aspecto de tremendo agotamiento.

Sus facciones estaban descoloridas y, en su cráneo, parcialmente afeitado, podían apreciarse las conexiones del electrochoc.

Sin embargo, sus ojos tenían brillo y sus manos no temblaban. Travis parecía embargado por un relajamiento total.

—Vamos hacia el *bungalow* —pidió él, cuando Carolyn se sintió más tranquilizada.

Era de noche cuando abandonaron la ciudad y salieron a la carretera. Diez minutos después, descendían del automóvil y penetraban en la solitaria construcción.

Entraron.

George no hizo ningún comentario, y Carolyn no quiso presionarle de ningún modo.

En la cocina, Travis comió con sorprendente voracidad y, más tarde, se dejó llevar a la cama sin oponer resistencia.

Carolyn apagó la luz, se desnudó rápidamente y se acostó junto a él.

George se durmió en seguida. Y Carolyn, rendida por la fatiga, cerró los ojos y se abrazó a él.

CAPITULO X

Carolyn lloraba mansamente.

Sin embargo, estaba convencida de que las lágrimas sinceras que brotaban de sus ojos no iban a influir sobre la decisión que había tomado ya el hombre.

Carolyn sentía el miedo en lo más hondo de su cerebro. Era cierto, el espanto embargaba sus sentidos.

Pero Travis había pasado la mañana haciendo llamadas telefónicas, realizando comprobaciones, anotando datos en su agenda.

Carolyn le había dejado hacer, sin preguntas. Pero cuando Travis le encargó que fuese a la ciudad y alquilase un coche no demasiado nuevo ni vistoso, la joven comprendió que no podría seguir poniendo freno a su lógica curiosidad.

—¿Un viejo coche de alquiler? ¿Para qué, teniendo tu «Triumph»? —quiso saber.

—Tengo que ir a la ciudad. Y él conoce mi coche —respondió George.

—¿El?

—La persona que se hace pasar por Scott Remick y trabaja en la Icaro Associated bajo el falso nombre de Stanley Smith. Quiero espiarle, observar sus movimientos, saber quién es, de dónde viene...

—George es muy peligroso. Ya viste lo que ocurrió con Pawlowsky —le interrumpió Carolyn, sin poder disimular su espanto.

Travis se puso en pie de un salto.

—Pero ¿no lo comprendes? No puedo vivir con esta tremenda ansia de saber, de descubrir la verdad. Tengo que hacer algo para conocerlo todo. Por eso voy a seguir a Smith cuando abandone la fábrica de la Icaro. Si quieres saber lo que pienso, te diré que estoy seguro de que ese hombre, bestia o lo que sea, se dirigirá a Charington Road.

Carolyn experimentó un escalofrío.

—¿El cementerio? —murmuró.

—Tal vez —asintió el hombre—. El Old Cemetery es un camposanto cerrado, que sólo se abre una o dos veces por año. Para alguien sin escrúpulos, significaría un excelente refugio, a salvo de miradas indiscretas. Y ahora, Carolyn, ¿quieres hacer lo que te pido?

—Sí, si tú quieres. ¿Qué debo hacer con el «Triumph»? —Carolyn se había incorporado, dispuesta a cumplir la voluntad de Travis.

—Déjalo en el garaje. En cuanto al alquiler de ese otro coche, no des mi nombre. Alquilado a tu nombre: es más corriente —recomendó George.

Carolyn volvió hacia las cinco. El coche que había alquilado era un «Rambler» del 68, un coche limpio, pero vulgar, que podría pasar perfectamente desapercibido entre los miles y miles que circulaban por las calles de la ciudad.

—Valdrá —dijo únicamente Travis. Y volvió a la casa y se puso una ligera chaqueta de color beige, tras lo cual se dirigió rectamente hacia el coche.

Pero Carolyn le siguió, rápida.

—No puedo dejarte ir solo —dijo—. Iré contigo.

Travis le abrió la portezuela de la derecha y dio al contacto.

A las cinco treinta se encontraban a doscientos metros de la fábrica de la Icaro Asociated. Travis había sacado el coche de la carretera y lo había dejado oculto tras el bosquecillo de jóvenes pinos plantado a unos veinte metros del asfalto.

George encendió un cigarrillo, tras ofrecer el primero a Carolyn. Pero ella lo rechazó, nerviosa.

—Comprendo tu estado de ánimo —dijo él, luego—. Creo que jamás debí confiarte este horrible secreto.

—¿Por qué no? —saltó ella, rápida—. Nuestro proyecto es compartir juntos el resto de nuestros días.

¿Por qué no compartir, igualmente, nuestras preocupaciones?

—No quiero ponerte en peligro, eso es todo —murmuró Travis—. Remick me amenazó con la locura. Y ahora sé bien lo cerca que he estado de volverme loco. Pero algo positivo he sacado de esas dos sesiones de electrochoc: la tensión nerviosa que me aplastaba ha cedido, y ahora soy más consciente de mis actos.

Callaron. Minutos más tarde, Carolyn dijo:

—¿Qué es lo que piensas? Me he preguntado muchas veces qué fue lo que, en realidad, ocurrió a Remick y a Younger allá arriba, en el espacio exterior... ¿Cuál es tu opinión, George?

Travis se cubrió los ojos con las manos.

—¿Quién sabe? El hombre que se hace pasar por Scott Remick dijo que una astronave les rescató cuando la cápsula viajaba a la deriva, fuera de la atracción terrestre... Quizá fuese verdad. Con una diferencia: Remick y Younger fueron muertos a manos de los seres que tripulaban la extraña astronave azul.

—¿Qué te hace pensar así? —Preguntó Carolyn, espantada, pero sumamente interesada.

—Cuando disparé contra Scott, en la sección de Proyectos, ¿qué fue lo que comprobé? Tenía la piel de un desagradable color gris y... no pude palpar sus huesos, sino una masa homogéneamente flexible. Y de las heridas de mis balas brotaba un líquido viscoso, de color blancuzco... nada parecido a lo que nosotros entendemos por sangre. En pocas palabras, Carolyn... Creo que ese falso Scott Remick es un ser de otro mundo —confesó, sin retirar sus manos del rostro.

—Pero tú dices que las facciones de ese individuo eran exactamente iguales a las de Remick...

—Exactas, sí. Igual que el tono de voz. Pero ambas cosas son fáciles de conseguir... Se pueden realizar perfectas operaciones de cirugía estética, para imitar a otra persona. Incluso se fabrican caretas de caucho, que se adaptan al rostro, como una segunda piel. También se puede cambiar la voz, operando sobre las cuerdas vocales —fue diciendo Travis, con tono reflexivo—. Todo ello es posible, sobre todo, si admitimos que Remick fue interrogado, observado, fotografiado, copiado literalmente.

Se interrumpió. Calló durante unos instantes, para añadir luego:

—Debe ser muy fácil para ellos ponerse el rostro que se les antoje. Mientras me encontraba bajo la acción de las drogas, en la clínica de Pawlowsky, vi tres copias idénticas de Remick. No era una alucinación: lo que estaba viendo era real... ¡Tres Scott Remick idénticos entre sí!

Carolyn tragó saliva. El sol acababa de ocultarse tras las copas de los pinos.

—En tal caso —pronunció con cautela—, no resultaría difícil admitir que mataste al Remick que tú colocaste en Proyectos, que verdaderamente aquel individuo murió tras recibir tres balazos de tu pistola.

—¡Sí...! He pensado en ello. Creo que otras personas..., si así puede llamárseles, se encontraban en el edificio. Y fueron ellas quienes se encargaron de retirar el cadáver. Y al día siguiente...

—Situaron a otro individuo con las facciones de Remick en la factoría —completó Travis, que se había animado mucho y fumaba con ansia—. Sí, creo que estás en lo cierto. Pero hay algo que me aterra...

—¿De qué se trata?

—Pues... el primer falso Remick poseía una inteligencia muy superior a la de cualesquiera de los seres humanos que tú y yo conocemos. Y el Stanley Smith que vamos a ver pasar por la carretera, es tan inteligente como el otro, y los demás...

Calló, impresionado.

Fue entonces cuando Carolyn le tomó por un brazo y gritó:

—¡Atención, George! ¡Ahí viene el «Marlin»! ¡Nuestro hombre o... lo que sea, se acerca!

En efecto, un brillante y magnífico «Marlin 74» color cobre, acababa de abandonar la Icaro Associated, y rodaba ya hacia la ciudad.

Travis dio al encendido cuando el «Marlin» se aproximó a su altura, pero el motor no arrancó.

Barbotó una palabrota. Volvió a insistir con la puesta en marcha, pero el motor siguió silencioso.

—¡Condenada casualidad! —gruñó George, rabioso, viendo que el «Marlin» se alejaba velozmente, carretera adelante.

—Tal vez no sea casualidad —dijo Carolyn, empujándole levemente—. ¿Puedo probar yo?

Travis bajó del coche y dejó su sitio a la mujer. Y en cuanto ella dio media vuelta a la llave de contacto, se oyó el suave runruno del motor.

—¡Apártate! —gritó a Carolyn. Y ocupó su asiento.

El coche abandonó el pinar y alcanzó la carretera.

Travis pisó el acelerador. El motor respondió perfectamente y el velocímetro subió, veloz, hasta alcanzar ciento veinte millas a la hora.

A pesar de lo cual, cuando alcanzaron la autopista de circunvalación de la ciudad, el «Marlin» había desaparecido.

Travis detuvo el coche y golpeó con un gesto colérico el volante.

—¡Escapó! —gruñó, malhumorado—. Se diría que perseguimos al diablo...

—No creo en el diablo —respondió Carolyn, con sentido práctico—. Veamos, George: tu opinión era que ese individuo se dirigiría a Charington Road, ¿no es cierto?

Travis se volvió a ella más animado.

—¡Tienes razón! —exclamó—. Podemos acortar mucho el camino hacia allá si tomamos el *ferry* que atraviesa el río. Vamos.

A las siete estaban en Charington Road.

No era un lugar muy agradable. A un lado de la calle se erguían las tapias del Old Cemetery, por encima de las cuales se balanceaban las oscuras siluetas de los cipreses. Al otro lado se alzaban las moles de los viejos almacenes y fábricas, ya abandonados, que componían el antiguo barrio fabril de Charington.

Las fachadas eran grises y polvorientas, como si las hubiera cubierto la pátina de la muerte. Se habían instalado modernos puntos de alumbrado, pero los gamberros habían roto varias lámparas y la calle permanecía en una penumbra siniestra.

Carolyn se estremeció. Pero Travis simuló no advertirlo.

—No hay un solo automóvil aparcado en las inmediaciones —dijo—. Será mejor que dejemos el nuestro en alguna de esas callejuelas, y volvamos a pie para ocultarnos en uno de esos *docks* abandonados.

Dejaron el coche en un callejón sin salida, a cincuenta metros de allí. Y penetraron, a través de una ventana rota, en uno de los almacenes.

Desde allí se divisaba perfectamente la amplia cancela de hierro que daba entrada al Old Cemetery.

En el silencio de las primeras horas de la noche, se oían mil crujidos misteriosos, que obligaban a Carolyn a apretarse contra George.

Poco a poco llegó la noche absoluta. Por la ventana apenas penetraba un poco de luz amarillenta y difusa.

Carolyn dio un respingo al escuchar el rumor de un escape próximo.

Asomados a la ventana, contemplaron el brillante «Marlin» detenido frente al cementerio.

Una silueta, más densa que las sombras circundantes, se movió fuera del coche. Se oyó un chirrido lúgubre.

—Posee una llave de la cancela —susurró Travis. Y añadió, irónico —: Ese tipo penetra en la casa de los muertos como si fuera la suya propia.

CAPITULO XI

Carolyn tembló de pies a cabeza.

—Huyamos, George —suplicó, angustiada—. Todo esto es horrible.

—No —se negó Travis, apretando las mandíbulas—. He venido aquí con un propósito determinado, y no me iré hasta haberlo puesto en práctica. Vamos, pequeña. Nada hay que temer. Tengo mi «TS-War» en el bolsillo. Te prometo que sabré utilizarla si llega el caso.

Carolyn no dijo nada, pero era evidente que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria.

—Hay una solución —resolvió Travis, conmovido—. Te acompañaré hasta el coche y volverás al *bungalow*. Yo me reuniré contigo más tarde. Tomaré un taxi. Vamos.

Pero ella se resistió, rígidos sus músculos.

—No, George —pronunció, imponiéndose a su miedo—. Sufrí mucho la otra noche esperándote inútilmente en el *bungalow*. Prefiero pasar miedo junto a ti, que desesperarme en la soledad.

Travis oprimió sus hombros, profundamente emocionado.

Y entonces volvió a rechinar la cancela del cementerio.

Travis avanzó el busto por encima del alféizar, y atisbo lo que ocurría al otro lado de la calle.

No pudo ver mucho, debido a la falta de luz, pero sí advirtió que tres siluetas se movían junto a la cancela y penetraban uno tras otro en el «Marlin» estacionado frente al cementerio.

Luego brotaron de repente los potentes haces luminosos de los focos, y Travis se retiró rápidamente para evitar ser visto.

El «Marlin» dio la vuelta en el centro de la ancha calzada y desapareció. El rugido de su motor se fue atenuando hasta extinguirse por completo.

Pasaron unos minutos. Travis oía la respiración forzada de Carolyn muy próxima.

—Vamos, sal —dijo él, finalmente.

La ayudó a pasar por la ventana y luego la siguió sin perder tiempo. Tomó la mano de la mujer y en una rápida carrera cruzaron la calzada y se detuvieron al fin ante la cancela del cementerio.

—¿Qué... qué vamos a hacer? —preguntó Carolyn en un susurro apenas audible.

—El cerrojo queda asegurado con un candado muy robusto y moderno. Tendremos que saltar por encima de la cancela —respondió él.

Ella le siguió con gran ánimo en la ascensión. Luego, Travis se dejó caer al otro lado, le brindó sus brazos y juntos se alejaron de la cancela de hierro.

Avanzaban en la oscuridad a lo largo de un caminito bordeado por un seto. A izquierda y derecha se adivinaban las hileras de tumbas, concretadas apenas en aquellas manchas cuadradas más claras.

De repente, Carolyn lanzó un chillido y cayó al suelo.

El alarido hendió los aires y asustó a un ave nocturna, que abandonó la rama de un ciprés con gran revuelo y se alejó, lanzando a la noche sus agoreros graznidos.

Travis encendió la linterna que llevaba en la mano derecha, y se inclinó sobre Carolyn.

—No..., no es nada —explicó ella, animosa—. Tropecé con ese alambre espinoso y me asusté. Creo que me he arañado la pierna...

George echó una ojeada a los profundos arañazos, a la sangre que resbalaba sobre la bronceada piel de la pantorrilla y tragó saliva.

—No tengo nada para curar esos arañazos —dijo, pesaroso—. Te pondré un pañuelo limpio, a modo de vendaje. ¿Quieres... quieres que volvamos?

—De ninguna forma. Ya que hemos cometido la locura de llegar hasta aquí, seguiremos hasta el final. Está bien, George, no me aprietes mucho el pañuelo. Así. Ayúdame a incorporarme.

Travis obedeció. E inmediatamente, ella avisó en un susurro:

—Será mejor que apagues la linterna. Si es que existe algún ser vivo en el cementerio, podría estar viendo esta luz.

George la apagó.

Pero no dijo lo que estaba pensando. No sólo temía que alguien pudiera percibir la luz de la linterna, sino el alarido que Carolyn había exhalado al herirse con el alambre espinoso. El grito había sido tan estridente, que probablemente hubiera podido ser oído lejos del cementerio.

Aguardaron en la oscuridad, hasta que su visión se acomodó nuevamente a las tinieblas.

Desde donde se encontraban, podía contemplar el pequeño cementerio en toda su extensión.

En el centro, rodeado por un geométrico semicírculo, formado por altísimos cipreses, se encontraba el panteón erigido a la memoria de los soldados inmolados en combate durante la guerra de Secesión del siglo anterior.

Se trataba de un bello templo construido en mármol blanco, en cuya cripta subterránea descansaban los cuerpos de algo más de un centenar de soldados confederados.

El resto de las tumbas, rodeadas de secos yerbajos, estaban sobre el piso, alrededor del mausoleo.

A lo largo del caminito, Travis y la joven llegaron hasta la bellísima cancela vidriera, que presidía el frontis del blanco templo.

Travis encendió, apenas un instante, su linterna e iluminó el cierre.

Ya se disponía a lamentarse acerca de la dificultad que supondría abrir aquella cancela, cuando Carolyn, que estaba apoyada sobre los barrotes de hierro, tuvo que aguantar un grito de sorpresa al darse cuenta de que la puerta cedía sin producir el más leve chirrido.

Quedaron allí, inmóviles, e indecisos.

«Los goznes de esta cancela están perfectamente engrasados», pensó. Y se sintió envarado por el pánico al comprender que aquella circunstancia sólo tenía un significado: alguien se había encargado, recientemente, de engrasarlos.

Al fin reaccionó. Con la mano derecha sostenía la pesada pero segura «TS-War»; con la izquierda empuñaba la linterna. Y fue con la linterna con lo que empujó la cancela hasta abrirla del todo.

El chorro de la linterna iluminó tétricamente el interior del recinto sagrado.

El templo carecía de bancos destinados a los fieles. Al frente, en el ábside, lo dominaba todo una gran cruz de mármol, ante la cual se encontraba un sencillo altar del mismo material.

—Entremos —susurró Travis a Carolyn, que se había prendido a su brazo férreamente.

A pesar de sus precauciones, sus pasos sonaron en la alta bóveda con lúgubre y resonante estruendo.

Detrás de ellos estalló tan formidable estrépito, que ambos se volvieron hacia la entrada, espeluznados.

—¡¡La puerta!! —chilló Carolyn—. ¡¡Se ha cerrado!!

Travis tuvo que taparle los labios para evitar que ella siguiera gritando.

—¡Calma, calma! —exclamó—. Probablemente, ha sido el viento. Sigamos adelante.

El templo estaba desierto... al parecer.

¿Dónde podría esconderse alguien? ¿Detrás de la colosal cruz de mármol...?

A Travis le interesaba más que nada la losa de un metro cuadrado, situada ante el altar, que sellaba la entrada a la cripta.

Tiró suavemente del brazo de Carolyn, y ella se dejó arrastrar. Pero temblaba como una criatura y sus dientes castañeteaban con un rumor impresionante.

—¡Di...Dios mío! —clamó ella, tartamudeante—. He realizado algunos programas del género te...terrorífico para televisión, pero... creo que esto supera, con mucho, todo lo que sé del terror.

Travis oprimió su mano y exclamó en tono ligero y burlón:

—Anímate. Tal vez esto sólo sea el principio. Ahora vamos a tratar de levantar esta losa. Mira aquí: tiene los goznes dorados rebosantes de grasa. Se diría que...

—¿Sí, George? —murmuró Carolyn, muy pálida, y con las mandíbulas encajadas.

—Nada —respondió él, comprendiendo que ella estaba haciendo un enorme esfuerzo por dominar los alaridos que pugnaban por escapar de su garganta—. Vamos, ayúdame a tirar de la argolla.

Inclinados ambos sobre la losa de mármol, no pudieron percibir la silueta del ser que acababa de brotar tras el altar.

La sombra avanzó sigilosamente hacia ellos, sin que sus pasos produjeran el menor rumor.

CAPITULO XII

Las manos de Carolyn resbalaron súbitamente y sus dedos soltaron la argolla.

El peso de la losa obligó a Travis a caer de bruces.

La linterna salió despedida un trecho y quedó sobre las grandes losas de mármol, girando sobre su cuerpo cónico e iluminando a intervalos el templo como un diminuto faro.

En una de aquellas vueltas, el foco luminoso destacó la oscura silueta que se aproximaba.

—¡¡Ahí!! —gritó Carolyn, despavorida—. ¡Detrás de ti, George!

Travis apenas tuvo tiempo de entrever la elevada silueta. En un reflejo velocísimo, recogió la pistola ametralladora que había dejado en el suelo y gritó:

—¡Quieto ahí o disparo!

El dedo luminoso de la linterna se detuvo e iluminó la silueta del desconocido.

Entonces, Travis avanzó unos pasos, recogió la linterna e iluminó directamente el rostro de aquel ser.

—Buenas noches, Scott Remick —exclamó, entre burlón y aterrado—. ¿O debo llamarte Remick Segundo, Remick Tercero...?

El otro se había detenido y a la luz de la linterna sus ojos brillaban con un raro destello verdoso.

—Vamos, George, suelta esa pistola —respondió su interlocutor, con voz impersonal—. En cualquier caso, serías incapaz de dispararla contra mí.

Travis dejó escapar una carcajada nerviosa.

—¿Eso crees? Acércate y te demostraré de lo que soy capaz —dijo, con un cierto trémolo de angustia en la voz.

Los dos se encontraban separados por una distancia de unos siete metros.

De repente, Remick saltó adelante. Fue un alarde de increíble

agilidad, puesto que su cuerpo se elevó en el aire más de metro y medio y cayó sobre Travis, tan sorprendido que ni siquiera pudo disparar.

Y en cuanto las manos de su enemigo hicieron presa en sus hombros, Travis cayó fulminado, como si acabase de recibir una descarga eléctrica de cinco mil voltios.

El hombre volvió en sí poco después.

Carolyn lanzó un apagado alarido de angustia.

La linterna estaba en el suelo, iluminando de forma terrorífica el pálido rostro, exánime, de George Travis.

Más allá, apenas a un paso, la potente «TS-War» de Travis.

Remick se había inclinado sobre Travis y parecía muy interesado en comprobar si estaba muerto.

El instinto de conservación dictó a Carolyn una orden... ¡¡Corre, huye, aléjate de aquí...!!

Pero su corazón murmuraba débilmente algo muy distinto.

Y superando su espanto, Carolyn obedeció la orden de su corazón.

Tímidamente avanzó dos pasos. Y de repente, desbordado ya el miedo, agarró la «TS-War», la elevó, apuntó y apretó el gatillo.

La bóveda del templo multiplicó por mil el eco de los disparos. Y luego, cuando se apagó la estrepitosa resonancia, Carolyn quedó inmóvil, sobrecogida por el brutal silencio que la envolvía, por las tinieblas que devolvían el pánico a su cerebro.

Remick estaba en el suelo, caído de bruces, muy próximo a Travis.

Carolyn rodeó su cuerpo experimentando una intensa repugnancia.

Luego tomó la linterna, se inclinó sobre Travis y apoyó el oído sobre su pecho.

Las facciones de la joven se animaron..., ¡el corazón de Travis latía!

Y la primera pregunta que salió de sus labios fue:

—¿Dónde... está... él?

Carolyn señaló el cuerpo caído a un metro de distancia y ayudó a

levantarse a Travis.

—George, huyamos... Esto es horroroso. No sé si podré resistirlo —musitó Carolyn.

George tomó una de sus manos y la oprimió suavemente. La mano de Carolyn estaba yerta, helada.

Vaciló.

Se sentía compadecido de Carolyn. Pero la curiosidad le empujaba a continuar adelante.

—Quiero... examinarle —respondió, señalando el cuerpo inmóvil de Remick.

Arrebató la linterna de manos de Carolyn e iluminó el cuerpo.

Sus ojos observaron, atentos, el rostro estrecho, los arcos superciliares prognáticos, el mentón deprimido, el pecho prominente en el esternón, en forma de quilla de barco, las caderas excesivamente abultadas, los pies desmesuradamente grandes, los larguísimos dedos de las manos embutidos en guantes...

Cediendo a la tentación, Travis tomó una de las manos y tiró del guante.

—¡Dios mío, no es una mano! —exclamó—. ¡Es... una zarpa!

Carolyn miró aquella zarpa con repulsión. Tenía cuatro dedos muy largos, terminados en uñas cilíndricas y duras.

La piel era escamosa, de un tono gris-verdoso muy desagradable.

—Parece..., parece un reptil —murmuró Carolyn, despavorida.

Pero Travis ni siquiera la oyó, porque estaba embebido en la tarea de desabrochar la camisa, de desnudar aquel extraño tórax.

Tenía una idea, una terrible y obsesionante idea. Y no descansaría hasta haberla comprobado.

Carolyn, detrás de él contemplaba aterrorizada la piel escamosa, el esternón prominente, la línea de impactos causados por la ráfaga de la «TS-War».

—Pero el rostro... —dijo ella, con voz débil.

Travis palpaba aquel rostro. El tacto era muy suave, parecido al

del caucho virgen o al látex industrial.

Súbitamente, Travis encontró el borde debajo del cuello. Introdujo sus dedos y tiró con fuerza hacia arriba.

Y quitada la perfecta máscara de caucho, apareció la horrible cabeza de reptil.

Carolyn se atragantó, y Travis se separó de un brinco, impresionado.

—No puede ser humano —gimió el hombre, sin poder apartar su mirada de aquella cabeza oblonga, sin nariz, ni mandíbulas, ni cabellos—. Mis ojos sólo ven un animal repugnante, un reptil con silueta de hombre...

Carolyn se abrazó a él, temblando como una hoja agitada por el más furioso vendaval.

—Pero un animal... no puede hablar, no tiene inteligencia... ¡El era inteligente! —murmuró.

La linterna estaba agotándose. La luz era ya menos potente, más amarillenta.

—Está muerto —dijo Travis, luego—. Nada tenemos que temer.

—¿Quieres decir que... vamos a bajar a... través de esa trampilla? —tartamudeó la joven.

Travis se volvió a ella, malhumorado.

—¿Por qué no? Quizá abajo encontremos algo que nos permita desentrañar y comprender este horror —respondió.

Y antes de que el espanto prendiera también decisivamente en él, George retiró aquel cuerpo, entregó la linterna a Carolyn y se inclinó sobre la losa.

Sudaba a mares cuando terminó de elevarla. Ante ellos se iniciaba el arranque de una escalera, que descendía hacia las oscuridades.

—¡Vamos! —exclamó, haciendo un gesto perentorio a Carolyn, que permanecía como petrificada al borde de la trampilla.

Le arrebató la linterna y la pistola entre los ateridos dedos, y comenzó a descender.

Sólo cuando el templo quedó en tinieblas, Carolyn, impulsada por

el miedo, le siguió escalera abajo.

Descendieron despacio.

La extensión de la cripta subterránea era comparable a las catacumbas romanas: a izquierda y derecha, los muros aparecían convertidos en hileras de nichos funerarios.

Con una diferencia: la mayoría de los nichos aparecían violados.

Al fondo de la cripta, la linterna iluminó el montón de restos humanos apilados desordenadamente.

Travis quedó sobrecogido. Junto a él, Carolyn lo contemplaba todo con los ojos desorbitados y estáticos.

Tuvo que empujarla para que ella siguiese avanzando hacia el centro de la cripta.

Desde allí, Travis movió la linterna en dirección a los nichos, cuyas lápidas funerarias habían sido destrozadas a golpes.

La luz arrancó un destello metálico de uno de aquellos nichos.

Como impulsado por una fuerza muy superior al miedo, Travis anduvo hacia allá, seguido por Carolyn.

Alzó una mano, palpó el brillante metal azulado.

—Está caliente, tibio —murmuró.

A quince metros de allí, tumbada en el suelo, había una vieja escalera de madera.

Travis la cogió, la arrastró y la apoyó al borde de aquel nicho.

Palpó el metal caliente, buscando una arista donde afianzar sus dedos y tirar hacia afuera. Y encontró el reborde y tiró con todas sus fuerzas.

El gran depósito cilíndrico salió del nicho con asombrosa facilidad. Travis perdió el equilibrio y el tubo azulado y él mismo cayeron al suelo.

Ni siquiera advirtió que Carolyn estaba en el suelo polvoriento, desmayada.

Porque la tremenda curiosidad que sentía le impulsaba a examinar, a investigar, por encima de cualquier otra consideración.

Buscó la linterna, que se le había ido de las manos en la caída, y volvió con ella hacia el extraño recipiente cilíndrico de metálico color azul.

Palpó la lisa superficie tibia, miró las pequeñas perforaciones a un extremo, y vio aquella especie de mirilla de cristal.

Ansioso, puso el foco de la linterna sobre el cristal y se inclinó a mirar.

Y vio aquella cabeza aplastada, semejante a la de un camaleón. Unos párpados verdosos, transparentes, se movieron y unos ojos estrechos y acuosos, verde-mar, le observaron fijamente.

Travis dejó escapar un grito de espanto y se separó de allí.

Sin embargo, aún tuvo fuerza de ánimo para comprobar que en cada uno de aquellos nichos existía un tubo metálico azulado.

¿Cuántos eran exactamente? ¿Cuarenta, cincuenta...?

Travis permanecía en pie, inmóvil, incapaz de reaccionar, ni de pensar.

Finalmente oyó un gemido y se volvió de un respingo.

Carolyn se movía en el piso polvoriento, tratando de incorporarse.

Travis corrió hacia ella, la abrazó por la cintura y la arrastró hacia la escalera.

«Es mejor que ella no haya tenido que contemplar a esas horribles criaturas», pensó.

Con pasos torpes e inseguros ascendieron los peldaños y alcanzaron la superficie.

CAPITULO XIII

Carolyn se detuvo bruscamente y exhaló un gemido.

—¡No está! ¡¡Desapareció!! —gritó, señalando el lugar donde habían abandonado el cadáver de aquel ser.

Travis miró hacia allá y comprobó que el cuerpo había desaparecido sin dejar rastro.

Inmediatamente, experimentó un sombrío presentimiento... ¿Habían cerrado la cancela aquellos que habían recogido el cadáver mientras Carolyn y él se encontraban en la cripta subterránea?

Ambos corrieron como locos hacia la puerta, sin preocuparse por disimular su angustia.

—¡Cerrada! —gimió la mujer—. ¡Estamos encerrados, George!

—¡¡Calla!! —gritó Travis, perdidos los nervios—. ¡Tiene que haber una solución...!

Dirigió el débil chorro de la linterna hacia la verja acristalada. Por desgracia, los huecos eran excesivamente estrechos para permitir el paso de un cuerpo humano.

Pero arriba, en el semicírculo radial, los cristales eran más amplios. Sólo existía un obstáculo: era casi imposible escalar hasta allí apoyándose en las leves aristas de hierro.

Miró desesperadamente a todos lados. Y vio el pedestal de alabastro a la derecha. El pedestal tenía poco más de un metro de altura por diez centímetros de diámetro y soportaba una lámpara de cobre bruñido.

Retrocedió, tanteó el pedestal y comprobó que se removía.

Pesaba demasiado, pero Travis consiguió tomarlo con las dos manos y arrastrarlo hasta la cancela.

Entretanto, Carolyn vigilaba los rincones del templo, dirigiendo aquí y allá el cada vez más mortecino chorro de luz de la linterna.

Travis golpeaba ya la cancela con el pedestal pétreo, cuando el alarido de Carolyn taladró el aire y fue repetido de forma escalofriante por el eco de los muros.

—¡Allí, allí...! —gritaba Carolyn, despavorida, dirigiendo el chorro luminoso hacia el otro extremo del templo, donde se abría la trampilla que llevaba a la cripta subterránea.

El pedestal cayó de las manos del hombre y sus ojos contemplaron, incrédulos, a las criaturas que brotaban lentamente de la trampilla.

—¡Los reptiles! —exclamo, obsesionado—. Pero... ¿cómo pudieron escapar de sus receptáculos metálicos?

Se movían torpemente, arrastrándose, andando a cuatro patas. Y sus ojos verdosos relucían siniestramente, reflejando la luz de la linterna.

Súbitamente, Travis arrebató la pistola de la mano de Carolyn y disparó, como un loco, contra la hilera de horribles criaturas hasta agotar el cargador.

Buscó un nuevo cargador en sus bolsillos, pero no lo encontró.

Algunos de aquellos reptiles, con silueta humanoide, se habían detenido, pero otros seguían avanzando lentamente, mientras de la trampilla seguían brotando perezosamente nuevas criaturas verdosas. .

Carolyn dejó escapar un gemido y sus rodillas se doblaron. Travis no pudo hacer otra cosa que recogerla en los brazos y dejarla caer suavemente sobre las frías losas marmóreas.

Murmuró algo entre dientes, se agitó, inquieto. Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, elevó el pesado pedestal de alabastro, y golpeó ciegamente hasta que los hierros se doblaron y quedó un espacio suficiente para permitir el paso de una persona.

No miró atrás.

Elevó el cuerpo de Carolyn y lo hizo pasar con cuidado a través de aquel hueco erizado de cristales destrozados.

Luego metió los brazos, dio impulso a sus piernas y saltó fuera.

Las agudas esquirlas de vidrio hirieron sus costados y sus piernas, pero Travis no se detuvo.

A ciegas, perdida la linterna, tomó a Carolyn en sus brazos y corrió enloquecido hacia la salida, saltando por encima de las tumbas.

Cuando llegó a la cancela de entrada al camposanto, Travis sentía que sus pulmones iban a reventar de un momento a otro.

Descargó a Carolyn, la abofeteó suavemente. Porque, absolutamente extenuado, Travis se sabía incapaz de salvar el obstáculo de la verja con el cuerpo exánime de la mujer a cuestas.

Carolyn suspiró tenuemente y abrió los ojos.

—¡Vamos, vamos, tienes que reaccionar, pequeña! ¡Hay que saltar la cancela! Ponte en pie. Así... Sube ahora, yo te iré sujetando por detrás... ¡Animo, Carolyn, lo estás haciendo muy bien! Un poco más... ¡Arriba! Cuidado ahora, yo te dejaré caer. ¿Bien?

Carolyn cayó a tierra y rodó por el suelo. Pero cuando Travis se descolgó, ella estaba ya en pie y corría hacia el callejón donde dejaran oculto el automóvil alquilado.

En la esquina se reunieron, jadeantes. Y respiraron, aliviados, al comprobar que el coche seguía donde lo abandonaran.

Al fin llegaron hasta el vehículo y se introdujeron en él.

Travis dio al contacto y arrancó y se alejó de Charington Road como si le persiguieran mil diablos.

En el cruce con la carretera de circunvalación se encontraron con otro automóvil que les deslumbró al no poner la luz de cruce.

Travis, nervioso, murmuró una palabrota. Pero sus invectivas cesaron de golpe al reconocer a través del espejo retrovisor a aquel coche: era un «Marlin», color cobre.

Apretó el acelerador y condujo con las mandíbulas apretadas hasta que el «Rambler» alcanzó la desviación que conducía al *bungalow*.

Entraron.

A la luz fuerte y clara del vestíbulo, Carolyn y George se contemplaron fijamente y ambos exclamaron al unísono, consternados:

—¿Has visto tus cabellos? ¡Has encanecido en sólo unas horas!

Carolyn rompió a llorar desconsoladamente, y Travis la abrazó y la apretó contra sí, prodigándole frases cariñosas hasta que el llanto fue cediendo poco a poco.

Estrechamente abrazados, se dejaron caer sobre un diván, y permanecieron en silencio durante un rato, recobrándose de las emociones sufridas.

Al cabo, Travis se incorporó.

Contemplando sus facciones, tan pálidas y demacradas, Carolyn sintió que sus ojos volvían a humedecerse.

Tuvo que contener las lágrimas, no obstante. Pero preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, George?

—¿Qué podemos hacer? —respondió el hombre, dejando caer sus brazos, con desaliento—. Creo que nuestro deber es contar lo que hemos visto a las autoridades militares. ¿Recuerdas que puse esta mañana una conferencia telefónica de larga distancia? Pues bien: estuve hablando con el general Wright, del Pentágono. Somos viejos amigos y me prestó atención. Prometió abrir inmediatamente una investigación y juró que hablaría en seguida con el gobernador de este Estado y con las fuerzas militares. Ahora voy a telefonar a Bill Travers.

—Pero ya sabes que Bill desconfía del equilibrio de tus facultades mentales, George. ¡No dará crédito a tus palabras! —exclamó Carolyn, que se había acercado a él, inquieta.

Travis endureció sus facciones.

—Esta vez tendrá que creermme, te lo garantizo —afirmó. Y marcó con veloces movimientos el número de la residencia privada del policía federal.

La voz que se oyó al otro extremo del hilo telefónico correspondía a Mirna, la esposa de Bill.

—Ah, eres tú, George. Bill tuvo que salir precipitadamente. Por cierto... Ha ocurrido algo espantoso en la factoría de la Icaro Associated, por si te interesa saberlo.

—¿De qué se trata? —quiso saber Travis con gran ansiedad.

—Han incendiado uno de los edificios, después de asesinar a tres vigilantes armados —declaró la señora Travers, con voz temblorosa—. Bill no me dijo nada, pero estaba vistiéndose cuando recibió la llamada y había pulsado el botón que permite escuchar a través del altavoz, ya sabes... Lo oí estremecida: los vigilantes presentaban los cuellos destrozados... como si una fiera les hubiera matado a dentelladas.

A Travis se le pusieron los cabellos de punta, literalmente. Sin embargo, como Carolyn estaba cerca, intentó disimular su impresión.

—Perfectamente, Mirna —respondió con voz ronca—. ¿Crees que Bill estará todavía en las instalaciones de la Icaro?

—Eso creo. Si vas a entrevistarte con él, por favor, ruégale que venga pronto a casa. ¡Estoy tan asustada desde que se marchó!

—Así lo haré si le veo. Buenas noches, Mirna —se despidió Travis. Y colgó.

Marcó de nuevo, cada vez más inquieto, pero decidido a seguir actuando con urgencia.

En la fábrica de la Icaro debía existir un absoluto desconcierto, porque tardaron una eternidad en atender la llamada.

—Soy George Travis. He oído hablar de algo espantoso... ¿Quién es usted? ¿Maugham? Está bien, ¿quiere contármelo todo en pocas palabras? —exigió, excitado.

—Es horroroso, señor Travis. Pero lo peor no es la muerte de tres de nuestros hombres. El Departamento de Proyectos ha resultado completamente destruido por un incendio. Los vigilantes vieron escapar a tres individuos, pero fueron incapaces de arrestarlos. Han escapado.

—¡No es posible...! —murmuró Travis. Y notó que el sudor corría a mares por sus mejillas.

Estaba pensando en el costoso proyecto Survival-1, guardado en la caja fuerte del Departamento de Proyectos.

Aquel proyecto había supuesto un desembolso de miles de millones de dólares, y el trabajo de los más expertos científicos por espacio de varios años.

Pero significaba algo más: Survival-1 permitiría los viajes espaciales más allá del sistema solar, la exploración de otras constelaciones y planetas, y la prospección de nuevas posibilidades de vida para los humanos en caso de una catástrofe en el planeta Tierra.

—Dígame, Maugham —suplicó Travis, descompuesto—. ¿Han revisado la caja de seguridad, faltan algunos documentos...?

Al otro extremo del hilo, Maugham carraspeó, agobiado.

—Siento tener que decírselo, señor, pero la caja estaba abierta cuando pudimos penetrar entre las ruinas. Había documentos y microfilmes absolutamente carbonizados... Es todo cuanto puedo

decirle.

—Eso significa que el proyecto Survival-1 ha quedado destruido — la voz de Travis parecía desesperada.

—Eso es lo que todos tememos, señor. Aunque sea lamentable recordarlo ahora, usted sabe que todos los negativos de los microfilmes fueron destruidos para evitar que los servicios de espionaje extranjeros pudieran apoderarse de nuestros descubrimientos en materia espacial...

—¡Sí, sí, lo sé! Pero ahora, por favor, quiero hablar con Bill Travers, del FBI. Dígale que es muy urgente —rogó Travis.

Poco después oía la voz fuerte y grave del policía.

—Debes dejarlo todo, Bill —dijo Travis, poniendo en sus palabras la mayor convicción—. No quiero hablar por teléfono. Pero lo que tengo que revelarte es de una gravedad límite.

Bill pareció muy impresionado, porque tardó en contestar, y el teléfono sólo transmitió durante unos segundos su ruidosa respiración.

—De acuerdo, George. Yo también tengo algo muy grave que informarte. ¿Dónde te encuentras?

Cuando Travis le hubo dado las instrucciones precisas para llegar al *bungalow*, el policía prometió:

—listaré ahí en cuanto haya dejado todo lo de aquí en manos de mis compañeros. Hasta pronto.

Travis colgó.

Apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, pero fue hasta la mesita y sacó un cigarrillo del que fumó con ansiedad.

Carolyn le abrazó por detrás y dijo:

—No voy a hacerte preguntas, George. Pero debes descansar, comer algo. . ¡Debes estar desfallecido!

Claro que lo estaba, tuvo que confesarse Travis. Pero no hubiera sido capaz, en su estado de ánimo actual, de pasar un solo bocado.

—Prepara café, por favor. Sólo café —rogó.

Se dejó caer de nuevo sobre el diván y permaneció allí, inmóvil, dando una chupada al cigarrillo de vez en cuando, inmerso en sus

pensamientos.

Luego, Carolyn trajo la bandeja con el café y dos servicios y lo sirvió.

Bebieron el café. No hablaron una sola palabra. En la atmósfera parecía pesar, de forma insoportable, una extraña tensión.

Travis dejó la taza sobre la mesa, encendió un nuevo cigarrillo y miró la hora.

—¡Dios santo, es la una ya! —exclamó, estupefacto—. Creo..., creo que me volveré loco si Bill no llega pronto.

—Cálmate, George —suplicó Carolyn, retorciéndose las manos—. Será mejor que vengas conmigo. Debo curarte esos arañazos... También debes cambiarte de ropa. La que tienes está destrozada.

Travis se dejó llevar al cuarto de aseo. Las manos de Carolyn eran suaves, rápidas y muy eficaces, restañando aquellos arañazos.

Cuando ella salió, Travis se metió en el baño tibio y sintió que recuperaba sus energías.

Estaba vistiéndose cuando, fuera, sonó un claxon.

Travis salió a la carrera y se reunió con Carolyn en el vestíbulo, cuando ya ella se disponía a abrir la puerta.

—¡¡Espera!! —gritó George—. Debemos ser cautos. No me gustaría tener otro encuentro desagradable.

No disponía de la pistola, abandonada en el Old Cemetery, pero fue a la cocina y regresó con un enorme cuchillo.

Luego tomó una linterna y adelantándose a Carolyn se dirigió a la puerta.

—¿Por qué no entra? —preguntó, colérico, en voz alta.

—Tal vez Bill tiene prisa, George —trató de tranquilizarle Carolyn—. De todas formas, él no puede saber que nuestros nervios están a punto de saltar.

—Está bien, salgamos —propuso Travis, cada vez más impaciente.

Y abrió la puerta. En el caminillo estaba el coche de Bill Travers con las luces encendidas.

Una parte de la tensión que presionaba a Travis salió liberada en un profundo suspiro.

Luego, Carolyn y él avanzaron hacia el coche que aguardaba.

CAPITULO XIV

Lo hicieron con precauciones, sin embargo. A pesar de que el coche de Bill era precisamente aquel «Ford» azul, familiar a los ojos de Travis.

A la distancia de unos ocho metros, George encendió la linterna y buscó, con el cono luminoso, el rostro del hombre que se sentaba al volante.

Era Bill.

Cubría sus ojos con unas gafas oscuras, pero allí estaban sus facciones bronceadas, latinas.

—Vamos, vamos, George, aparta esa luz. Vas a deslumbrarme —exclamó el policía, zumbón.

Travis y la joven se acercaron a vivo paso hacia él.

—¡Uf! —jadeó George—. Creí que nunca vendrías... En fin, ¿por qué no entras y charlamos?

—Subid al coche —propuso Bill—. Charlaremos por el camino. Como te anuncié, yo también tengo una desagradable sorpresa para ti, George.

—Pero... no comprendo. ¿Adónde vamos? En cualquier caso, será mejor que Carolyn se quede en casa —dijo Travis, vacilante.

—No me separaré de ti ni un solo minuto, George —prometió Carolyn, con decisión.

—Carolyn tiene razón. Estará más segura si se mantiene junto a nosotros —apoyó el policía—. ¿Vais a subir?

Pero Travis estaba dominado por vagos temores.

—Espera, Bill. Quiero saber adónde nos llevas —exigió, deteniendo por un brazo a Carolyn, que se disponía a subir al «Ford».

Bill pareció dejarse llevar por el mal humor.

—Está bien: te lo diré. Vamos a Gray Mountains... No preguntes nada, te lo explicaré todo. Los que asesinaron a tres vigilantes de la Icaro y prendieron fuego al Departamento de Proyectos, lograron huir,

pero uno de ellos se dejó un zapato al pie de la alambrada. Vi en seguida que había barro seco, de color rojo intenso, junto al tacón, y comprendí que se trataba de pirita roja, normalmente asociada al níquel. En este Estado sólo existe una mina de níquel, aunque ya agotada: se trata de la de las montañas Gray, unas ciento veinte millas al sur de esta ciudad.

—¿Y bien ..? —murmuró Travis, confuso.

—Los fugitivos habían estado en la mina, es evidente. He pensado que tal vez tienen su escondrijo allí. Tú me hablaste de aquella extraña historia relacionada con Scott Remick, ¿recuerdas? Imaginé que estarías interesado en acompañarme. Partiremos ahora mismo. Detrás de nosotros vendrán dos coches con varios policías federales. ¿Estás satisfecho? —preguntó Bill, con sorna.

—Sí, pero creo que es más urgente lo que tengo que informarte. Se trata...

Travis narró, con fervientes palabras, cuanto habían visto en el Old Cemetery. Y cuando terminó, Bill Travers encendió la radio y comenzó a transmitir una llamada para la oficina central del FBI.

—Ellos se ocuparán de registrar el cementerio. En cuanto a nosotros, viajaremos hacia Gray Mountains, ¿estás decidido, George? —preguntó.

Travis se mordió los labios.

—A pesar de todo, me siento intrigado, Bill. Te acompañaremos. Sube, Carolyn —decidió, finalmente.

En cuanto se hubieron acomodado en el asiento trasero, Bill dio la vuelta en el camino y apretó el acelerador a fondo, de modo que el automóvil rodó a velocidad excesiva en dirección a la autopista.

—¿Por qué conduces tan aprisa, Bill? —preguntó Travis, inquieto por los bruscos vaivenes con que se movía el coche—. Sé que eres un buen conductor, pero tenemos tiempo suficiente.

—No quiero darles tregua —respondió el policía—. Quiero atraparlos si, como pienso, han ido a refugiarse a la mina de níquel.

Un minuto después se encontraban en la autopista sur. Allí, el «Ford» rodó ya a una velocidad endiablada.

Bill tomaba las cerradas curvas a más de cien millas por hora, frenaba con impresionante temeridad, para volver a acelerar

nuevamente.

Sus gafas oscuras se escurrieron lentamente sobre su nariz, y Bill las devolvió a su sitio con un gesto brusco.

—Es curioso —dijo Travis en voz alta, de pronto—. ¿Para qué necesitas esas gafas de sol por la noche, Bill?

—¿Qué? ¿Cómo...? —contestó el policía, desconcertado—. Ah, sí, las gafas... Las utilizo cuando tengo que conducir de noche, George. Ya sabes que evitan el deslumbramiento.

No volvieron a hablar en mucho rato. Carolyn se había adormecido sobre el hombro de Travis y éste la apretó suavemente, con ternura.

Pero George no podía dormir. Por una parte, estaba aquella endemoniada forma de conducir de Bill, que tanto le sorprendía. Y luego estaban todos los horrores vividos aquella noche.

Bill había dicho que dos coches con policías del FBI le seguirían hacia Gray Mountains y aquello le tranquilizaba.

Tratando de alejar sus preocupaciones, George encendió un cigarrillo. A la luz de la llama del mechero de gas, le pareció ver un objeto plano y metálico en la bandeja del coche de Bill, bajo el tablero de instrumentos.

El sudor afloró inmediatamente a su frente. Porque acababa de recordar que los microfilmes que contenían el proyecto Survival-1 estaban guardados precisamente en uno de aquellos estuches blindados de seguridad, de forma plana, como el que le había parecido ver sobre la bandeja al fugaz resplandor del mechero.

Respiró entrecortadamente. ¿Era posible que Bill hubiera robado el proyecto Survival-1?

Trató de convencerse de que sólo había sido una alucinación. Posiblemente no se trataba de ningún estuche de seguridad, sino de cualquier otra cosa envuelta en papel brillante o metalizado.

A pesar de ello, aplastó el cigarrillo casi entero en el cenicero y dejó pasar unos minutos.

Y luego sacó otro cigarrillo y volvió a encender el mechero. La llama iluminó perfectamente el estuche blindado.

Blanco como la nieve el rostro, Travis leyó aquella etiqueta

plástica, de las que solían usarse a millares en la Icaro: «Proyecto Survival-1. Absoluto secreto.»

Se atragantó al encender el cigarrillo y tosió con violencia, hasta ahogarse. Carolyn despertó, alarmada.

Travis, petrificado, apagó el encendedor y se encogió sobre el asiento.

¿Cómo era posible? ¿Quizá Bill había recuperado, por sí mismo, el proyecto Survival-1?

Comprendía que debía preguntarlo a Bill, pero temía tanto su respuesta, que permaneció silencioso, en insoportable tensión.

Sentía una gran ansiedad en el estómago. Ansiaba hablar con Carolyn, darle cuenta de su descubrimiento, pero temía que Bill pudiera oírles.

Serían algo más de las tres de la madrugada cuando rebasaron la ciudad de Hereward, en las estribaciones de la montaña Gray.

A la salida de Hereward, Bill tuvo que aminorar bruscamente la velocidad al acercarse a una caravana de camiones pesados, que ascendían lentamente una pronunciada cuesta.

Bill comenzó a mostrarse inquieto e impaciente. Y Travis le propuso relevarle al volante, pero el policía rehusó su ayuda.

Perdieron más de media hora escalando las estribaciones de las montañas.

Luego, bruscamente, el «Ford» abandonó la carretera y tomó el camino pedregoso que ascendía hacia las montañas.

Bill conducía como un suicida cuesta arriba. Las ruedas del vehículo derrapaban peligrosamente en las curvas, y Travis comenzó a marearse.

Transcurrió una hora en absoluta tensión.

Finalmente, Carolyn comenzó a gemir e imploró:

—¡Para, por favor, Bill! ¡No puedo resistir más! ¡Mis entrañas están rebelándose contra mí...! ¡Creo..., creo que voy a vomitar!

Bill frenó tan violentamente que Travis y Carolyn salieron despedidos contra el respaldo del asiento delantero.

—¿Cómo eres tan inepto, Bill? —protestó George, encolerizado—. Has estado a punto de...

—¡Calla! —gruñó el policía con dureza—. Toma tu linterna y abre el portaequipajes... Te hablé de una sorpresa, ¿no es cierto? ¡Allí la encontrarás!

Carolyn había salido del coche y vomitaba al borde del camino.

Intrigado, George echó pie a tierra y fue hasta la parte trasera del automóvil.

Encendió la linterna, porque, aunque comenzaba a amanecer, la luz diurna era todavía escasa. Y alzó la tapa del maletero.

Contempló, aterrado, el cuerpo de un hombre. Pero ¿no eran aquéllas las ropas del propio Bill Travers?

Tembloroso, dio la vuelta al cuerpo y lo dejó boca arriba.

Un alarido de pánico brotó, incontenible, de su garganta al reconocer aquellas facciones en las que el terror estaba impreso espantosamente.

¡Aquél era el cadáver de Bill Travers, con el cuello ensangrentado, desgarrado a dentelladas!

CAPITULO XV

Detrás de él se oyó el crujido de los guijarros bajo unos pies calzados.

Travis se volvió de un salto y le vio: el ser que se había hecho pasar por Bill estaba junto a él. Se había despojado de sus gafas y le miraba fijamente a través de sus fosforescentes ojos verdosos.

—¿Quién... quién eres tú en realidad? —preguntó George, temblando de horror.

El otro lanzó un gorgoteo, que recordaba una carcajada.

—¿Quién soy yo? —se burló—. ¡Yo soy Scott Remick... y Aldous Younger! ¡Yo soy Bill Travers e incluso George Travis, yo sería Carolyn Douglas si me lo propusiera! ¿No lo comprendes?

—Eres... uno de... esos... reptiles —murmuró Travis—. No lo niegues.

—¿Reptiles? Yo soy Muurk, el jefe de todos los moogs de Xáspal-Xeh, el gran planeta-mar. Moog, en mi lengua, significa algo equivalente a hombre. Pero vosotros, los terrestres, sois estúpidamente orgullosos. Para vosotros un ser inteligente y superior debe parecerse a vosotros, necesariamente. No concebís que los seres de los innumerables mundos del Cosmos puedan ser hombres si no poseen un organismo idéntico al vuestro...

Carolyn y Travis escuchaban, petrificados.

Travis dio un salto atrás al ver que aquel ser llamado Muurk se aproximaba.

—¡No me toques! —gritó, despavorido.

—No pensaba hacerlo —respondió Muurk, deteniéndose—. Aunque un simple contacto con mi cuerpo pueda aniquilarte. Como algunos de vuestros peces, yo poseo capacidad para concentrar en mis manos y pies descargas mortales de energía eléctrica. Pero no pienso mataros. A Bill Travers tuve que matarle necesariamente, cuando comprendí que tú le hablarías del Old Cemetery...

Travis retrocedió otros dos pasos.

—Para mi comprensión, tú sólo eres un monstruo —murmuró,

temblando—. Tienes, desnudo, un aspecto repugnante y abyecto, Muurk. Eres capaz de matar por simple contacto, puedes adoptar diversas apariencias, y posees una inteligencia diabólica y unos poderes tenebrosos... No puedo negar que me inspiras horror, un horror intenso y paralizante. A pesar de eso, querría saber cómo..., cómo llegasteis a la Tierra.

Muurk dirigió su mirada verdosa hacia el rojizo horizonte.

—Tú lo has adivinado en parte, lo sé. El proyecto Survival-1 aportaba conocimientos importantes. Habéis conseguido interpretar los mensajes siderales e incluso obtener un código con el que habéis realizado algunas experiencias de comunicación con otros seres inteligentes. En Xáspal-Xeh detectamos vuestras señales. Yo, Muurk, jefe supremo de los moogs, comprendí que algún día os sería posible llegar a mi planeta. Y decidí impedirlo.

—Por eso abordasteis la cápsula en la que viajaban Remick y Younger —dijo Travis, que permanecía en dolorosa tensión.

—Sí. Vuestros dos astronautas nos sirvieron mucho. Gracias a ellos, conocimos vuestras costumbres y una gran parte de vuestros secretos. En Xáspal-Xeh, los moogs vivimos en paz, aunque un noventa y nueve por ciento de su superficie está cubierta por las aguas. Los moogs nos hemos adaptado al agua, a lo largo de miles de años, aunque supongo que antes tuvimos una apariencia muy parecida a la vuestra. No somos vivíparos, como vosotros, sino ovíparos... Pero adivino que, aunque os llena de horror la idea, estáis ansiosos por contemplar mi verdadera apariencia.

De repente, Muurk se llevó las manos al cuello y retiró bruscamente la máscara de caucho que reproducía fielmente las facciones de Bill Travers.

Carolyn gritó y gritó cuando el primer rayo de sol arrancó reflejos verdosos de la superficie escamosa que cubría el horrible cráneo de reptil.

—Ahora debemos continuar el viaje hacia arriba, George —dijo Muurk, moviendo rápidamente su enorme boca, dotada de finísimos dientes como dardos—. La mujer irá a tu lado, delante. Conduce despacio y no intentes nada contra mí. Caso contrario, os aniquilaré con una sola descarga eléctrica.

Carolyn penetró en el automóvil, temblando de pavor. Y Travis la siguió y se puso tras el volante.

—Arranca —ordenó Muurk, desde el asiento trasero.

Travis puso en marcha el motor y aceleró. A través del espejo retrovisor contempló los brillantes ojos verdosos. Y preguntó:

—Las criaturas que estaban en la cripta del Old Cemetery, ¿eran... larvas de moog?

—Así podría llamárseles en tu idioma. Pero no son larvas, sino seres como yo. Los moogs nos reproducimos en pocas semanas, pero vivimos pocos años... En los receptáculos metálicos que seguramente viste, se acelera el proceso de desarrollo celular. Ellos componían mi potencial refuerzo, George. Y tú... has matado a muchos de ellos.

Travis torció bruscamente el volante para evitar que el coche se despenara.

—Y tú, Muurk, piensas matarme a mí, a nosotros —murmuró luego.

—No. En Xáspal-Xeh no tenemos animales propiamente dichos. Los moogs nos alimentamos de vegetales. Pero yo he observado que vosotros tenéis en vuestras casas algunos seres a los que llamáis animales domésticos. Perros, gatos... Pues bien: os llevaré a Xáspal-Xeh y seréis mis animales domésticos. Como sois una pareja, procrearéis y quizá algún día cada moog pueda tener a su servicio un animal doméstico como vosotros mismos...

Carolyn dejó escapar un sollozo desgarrador y ocultó el rostro entre las manos.

En cuanto a Travis, su terror era tan intenso que, sin querer, se mordió los labios hasta que la sangre manó de ellos.

—Estamos acercándonos —advirtió Muurk—. Junto a la mina, en una hondonada, está mi raixt... Es decir, el vehículo en que viajaremos hasta mi planeta. Ve despacio, George, la mina está al final de esta curva.

Travis acarició disimuladamente el cuchillo de cocina que ocultaba bajo su cinturón. ¡Si aquel monstruo se descuidase algunos segundos...!

Tuvo que frenar bruscamente en la explanada formada por residuos de minería, fuertemente coloreados de rojo. Más allá estaban las instalaciones mineras abandonadas.

A la izquierda, en el barranco, Travis entrevió un destello azulado

de reflejo metálico intenso. Seguramente se trataba del raixt, de la astronave en la que aquellos monstruosos moogs habían llegado a la Tierra.

—Bajad —ordenó Muurk—. Vamos a recoger a Xemba-Zah antes de emprender el viaje. Ella esta ahí, en la mina.

—¿Xemba-Zah? ¿Quién es? —inquirió Travis, bajando muy despacio del coche.

—Es una moogs-zah, una hembra. Ella puso todos los huevos de los que nacieron mis descendientes —respondió el monstruoso Muurk.

Tenía un aspecto tan repugnante a la luz del día, que Carolyn rehuía mirarle, espantada en lo más profundo de su corazón.

—Entrad en la mina —dijo Muurk, que había recogido el estuche blindado en el que se guardaba el proyecto Survival-1—. Despacio.

Caminaron sobre los residuos rojos y penetraron en la mina. Al principio no pudieron ver nada. Luego, la sangre se heló en sus venas al contemplar en un rincón al voluminoso reptil humanoide que se lamía perezosamente sus escamosas zarpas de cuatro largos dedos. Aquélla era Xemba-Zah.

Muurk produjo unos extraños y rápidos sonidos gorgoteantes, y Xemba-Zah se incorporó pesadamente y se dirigió a la salida.

Muurk no había dejado de vigilar ni un solo instante a sus prisioneros.

—Ahora, salid. Hay un camino a la derecha que desciende hasta el barranco. ¡Obedeced! —ordenó.

Travis cerró los ojos. ¿Qué les aguardaba, cuántos horrores le esperaban en un mundo terrible y extraño?

Tomó la decisión rápidamente. Sabía que era desesperada, pero era la única posibilidad.

Al salir a la luz del día, fingió que tropezaba y cayó, dando vueltas sobre las escorias rojizas.

Cuando se alzó tenía el cuchillo en la mano derecha.

—¡¡Corre con todas tus fuerzas hacia el coche!! —gritó. Y lanzó su cuchillo contra el pecho de Muurk.

Carolyn obedeció la orden como electrizada, al tiempo que Muurk

vacilaba y caía. El estuche metálico del proyecto Survival-I cayó de sus zarpas y rodó pendiente abajo.

Un destello siniestro brilló en los ojos verdosos. Muurk se incorporó un poco y extendió un brazo.

La descarga eléctrica brotó, potente, y fundió las rocas donde unos segundos antes se encontraba Travis, que había recogido el estuche y corría transversalmente a lo largo de la pendiente.

El motor del «Ford» de Bill Travers rugió, potente. Carolyn acababa de ponerlo en marcha y daba ya la vuelta en la explanada. Los neumáticos elevaron polvaredas de humo rojizo.

Entonces, Travis saltó sobre la portezuela abierta y se afianzó.

Carolyn aceleró y el automóvil descendió locamente la cuesta.

—¡¡Carolyn!! —gritó George—, ¡Vamos a estrellarnos...!

Su aviso llegó demasiado tarde. Bruscamente, las ruedas delanteras del «Ford» saltaron en el vacío y el coche cayó, dando vueltas de campana sobre montones de escorias de piritas rojas.

Finalmente, el vehículo se detuvo. Travis gimió de dolor, pero se palpó y comprendió que estaba vivo. También Carolyn sangraba por los arañazos que se había producido en las piernas, pero estaba viva.

El coche había quedado volcado, con las ruedas girando al aire, por lo que tuvieron que salir por la ventanilla, arrastrándose.

Entonces se oyó aquel tenue zumbido, y Carolyn se cubrió la cabeza con las manos, despavorida.

—¡Está ahí, arriba! ¡Viene hacia aquí...!

Travis vio un reflejo azulado en lo alto y comprendió. Cerró los ojos y abrazó fuertemente a Carolyn.

Si había que morir... ¿No era mil veces mejor morir sobre aquella bendita tierra conocida que afrontar misterios enloquecedores de otro mundo?

* * *

—¡Está ahí debajo! —gritó el capitán Waterman, copiloto del coronel Darren.

Darren miró hacia donde Waterman le indicaba y contempló al

brillante OVNI azulado.

—Lástima —gruñó—. Tantos años ansiando cazar uno de esos OVNIS y cuando tenemos uno a nuestro alcance tenemos que destruirlo. En fin, las órdenes son terminantes... ¡Atención, capitán, voy a disparar!

Seis andanadas, de misiles brotaron, silbantes, de debajo de las alas del caza-bombardero, y dejaron un trazo blanquecino como estela.

—Uno, dos, tres... —contaba mentalmente Darren. Y al llegar a «tres», se oyó la potente explosión.

El destello azulado desapareció. El OVNI se había desintegrado en el aire.

* * *

Los automóviles escalaron, veloces, el camino hasta detenerse junto al «Ford» volcado. Dos hombres bajaron de uno de los vehículos y ayudaron a Travis y a la mujer a llegar hasta el camino.

No hubo preguntas, nadie hizo ningún comentario. Un médico les reconoció a bordo de un coche y sus arañazos y contusiones fueron curados solícitamente.

—Por supuesto —dijo Sanders, del Servicio Secreto—, tendrán que guardar por el resto de sus días este secreto, señor Travis, señorita Douglas. Comprendan que el pánico podría cundir entre la población norteamericana y...

Travis le miró fijamente a través de sus ojos hundidos en las cuencas.

—Créame, señor Sanders, nada hay que deseemos tan ansiosamente como olvidar todo esto —dijo con voz grave—. Jamás repetiremos una sola palabra de cuanto nos ha tocado vivir. Pero en el Old Cemetery...

—Todo está solucionado —afirmó Sanders—. Los restos de nuestros héroes serán devueltos a sus tumbas. El lugar ha sido limpiado y purificado, pueden estar seguros de ello. Ahora les dejaré. Uno de mis hombres les devolverá a la ciudad.

Travis se recostó en el asiento y oprimió la mano de Carolyn, a quien la fatiga y el terror habían rendido. Ella dormía ahora confiadamente. ,

En la montaña había mucha gente tamizando el terreno, recogiendo partículas. Policías y soldados, agentes del Servicio Secreto...

Travis cerró los ojos y se dejó arrullar por el run run de los neumáticos desplazando a los guijarros del camino.

Sonrió.

Estaba satisfecho. Se habían librado de aquel espantoso viaje a la locura.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE
M. L. ESTEFANIA**

**el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA**

publica

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
en sus colecciones**

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.

([1]) Electrochoc: Tratamiento de enfermedades mentales, mediante el paso por el encéfalo de corrientes de 100 a 200 voltios durante unas décimas de segundo.